

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

MAYO - JUNIO, 1948

## SUMARIO

ERNESTO MONTENEGRO: PEZOA VELIZ,  
POETA DEL PUEBLO ¶ PEZOA VELIZ:  
RODOS DE ALTO RANGO ¶ GONZALEZ  
VERA: MARURI ESQUINA CRUZ ¶ LUIS  
FRANCO: LIMADURAS ¶ EUCLIDES GUZ-  
MAN: UN EXPERTO EN ARQUITECTURA  
EGIPCIA ¶ LAIN DIEZ: LOS ALEMANES  
DEL 70 EN CHILE ¶ LEON S. PEREZ:  
EL SOÑADOR ENSANGRENTADO ¶ DA-  
VID ROUSSET: LA BATALLA DEL GHETTO  
DE VARSOVIA

---

SANTIAGO **45** DE CHILE

# L E A

EN LOS NUMEROS ANTERIORES DE

## B a b e l

- N.º 1. LUIS ARAQUISTAIN / Retrato de Hitler.  
IGNACIO SILONE / Un recuerdo infantil.
2. ALFRED KERR / Recordando a Walther Rathenau.  
ALBERTO GERCHUNOFF / Sem Tob de Carrión.
3. MARCEL PRENANT / La revolución francesa en el mundo.  
ANDRÉ CHAMSON / Recuerdo de «La Comuna».
4. WALDO FRANK / Carta whitmaniana.  
MALCOLM COWLEY / Frau Marx.
5. ANDRÉ MALRAUX / La novela y el reportaje.  
ROBERT FORSYTHE / Yo conocí a Ernst Toller.
6. JULIÁN HUXLEY / El concepto de raza.  
LEÓN PAUL FARGUE / Del antisemitismo.
7. ALBERT SCHWEITZER / Cultura y Libertad.  
MAGDELEINE PAZ / Marcel Martinet.
8. ANDRÉ GIDE / A algunos nuevos convertidos.  
ROBERT GOFFIN / Rimbaud católico.
9. MAX NOMAD / Polonia sin aureola.  
L. CARDOZA Y ARAGÓN / El ejemplo de León Felipe.
10. JOHN CHAMBERLAIN / El sueño del anarquismo.  
M. F. Grandizo / La lucha de edades en política.
11. WYNDHAM LEWIS / La muerte del arte abstracto.  
LOUIS UNTERMEYER / «The Seven Arts».
12. SIDNEY HOOK / El humanismo integral de Maritain.  
JARVIS GERLAND / El álgebra de la revolución.
13. MARTÍNEZ ESTRADA / Hernández y Hudson.  
CIRO ALEGRIA / Impresión de Mariátegui.
14. JEF LAST / Testimonio holandés.  
LEOPOLDO LUGONES / A los republicanos españoles.
- 15.—16. EDMUND WILSON / Rol de Trotsky en la historia.  
DWIGHT MACDONALD / Intento de apreciación.
17. MORTON DAUWEN ZABEL / Un poeta en el Capitolio.  
JUVENCIO VALLE / Canto de amor.
18. W. H. HUDSON / Una librería de viejo en Buenos Aires.  
HERNÁN GÓMEZ / Por el rastro de Hudson.
19. ENRIQUE ESPINOZA / Heine y Marx (*El ángel de oro y el león rojo*).  
F. G. CAMPOAMOR / Vamos a matar la guerra (*cuento*).
20. HORACIO QUIROGA / Sinfonía heroica (*y una carta inédita*).  
SEBASTIÁN FRANK / El espíritu burocrático.
21. MAX BROD / Kafka, padre e hijo.  
JAMES CADMAN / Geopolítica: un mito imperialista.
22. ALBERT EINSTEIN / Alocución a los estudiantes.  
ERNESTO MONTENEGRO / Integridad de Baldomero Lillo.

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL  
CONCEDEMOS CRÉDITOS  
CONSULTE CONDICIONES

### LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

LITERATURA GENERAL

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA POLLAK

LIBROS EN ALEMÁN NUEVOS Y  
ANTICUARIADO EN GENERAL

Huérfanos 972 - 3er. P. Of. 314

Casilla 9620 - Fono 82180

SANTIAGO

### LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813

Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

### LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 23698

Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

### LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y  
AMERICANAS EN GENERAL

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO  
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

Mauricio Amster

*diseños tipográficos para publicaciones*

*y propaganda*

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,  
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

# Proverbios Ladonales

del Rabí

# Sem Tob

---

Babel/Santiago de Chile

PORTADA

## DOS JUICIOS SOBRE LOS "PROVERBIOS MORALES"

Era, al parecer, Rabbí Don Santo de Carrión, el primer escritor hebreo que rendía el homenaje de su talento a las musas castellanas, y no sin justicia fué respetado por sus coetáneos, como uno de los más insignes poetas del siglo XIV. Ya el célebre Marqués de Santillana en su famosa *Carta* al condestable de Portugal sobre el origen de la poesía, le dedicó en el siglo XV las siguientes líneas: «Concurrió, dice, en estos tiempos un judío que se llamó Rabí Santo, e escribió muy buenas cosas e entre ellas *Proverbios Morales* de asaz, en verdad, comendables sentencias. Púsole en cuento de tan nobles gentes (los poetas más señalados del siglo XIV), por gran trovador: que así como él dice:

*Non vale el azor menos / por nacer en vil nío,*

*Nin los exiemplos buenos, / por los desir judío.*

Rabbí Santo de Carrión, como poeta agudo y versificador apreciable, reclamaba en la historia de la poesía castellana un lugar señalado; y el ilustre autor de la citada *Carta* fué el primero que lo colocó en el puesto que merecía.

*Estudios sobre los judíos de España*

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS



La novedad del Rabí Don Sem Tob, entre todos estos moralistas populares, consiste en el uso de la forma métrica, en haber transplantado a la literatura castellana uno de los dos géneros principales de la poesía rabínica... Limitóse a la imitación de la poesía didáctica en su forma más elemental, y con sólo esto creó un género que no sólo tiene brillante representación en la literatura del siglo XV con los *Proverbios* del Marqués de Santillana, y tantas obras análogas de Fernán Pérez de Guzmán y de Gómez Manrique, sino que persiste en el siglo XVI con los *Proverbios Morales* de Alonso Guajardo Fajardo, los de Alonso de Barros, los de Cristóbal Pérez de Herrera y los *Avisos de Amigo* de Setanti.

*Historia de la Poesía Castellana I.*

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

En la página precedente se reproduce la portadilla de la edición limitada de los *Proverbios Morales* que BABEL pone a disposición de sus suscriptores. Consta esta de 150 ejemplares numerados, formato 16x24.5 cm., impresos en papel Shadowmould, de tina, en pliegos impuestos en 8.º La obra está íntegramente copiada a mano, según el Códice del Escorial, con ortografía y caracteres góticos redondos de la época. Hizo la selección Enrique Espinoza. La escritura y disposición del volumen es de Mauricio Amster. El precio de los ejemplares en rústica es de \$ 300 c/u. Los ejemplares especiales, con numeración romana y pastas de pergamino rotuladas a mano, se entregan en lujosos estuches de bibliófilo al precio de \$ 700 c/u. Los suscriptores de BABEL gozarán de un descuento del 10%. Pedidos a la Revista Babel, Alameda Bernardo O'Higgins 2555, Santiago de Chile. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

Otras publicaciones de BABEL en la Colección del Olivar:

### COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Edición copiada a mano. 150 ejemplares numerados, impresos en papel «Shadowmould Narcissus». *Agolada.*

### EL LICENCIADO VIDRIERA, por MIGUEL DE CERVANTES

Edición facsímil según la edición príncipe de Juan de La Cuesta, de 1613. 230 ejemplares numerados impresos en papel «Shadowmould Narcissus». Rústica: \$ 300. Empastada en pergamino con numeración romana, el título rotulado a mano y en estuche de lujo para bibliófilos: \$ 600.

# Calzado ROYLE Calidad

DIRECCIÓN POSTAL:  
ESTADO 268  
SANTIAGO

### DEPOSITOS:

AHUMADA CON AGUSTINAS  
SANTIAGO

### PROVINCIAS:

RANCAGUA	CURICO	
TALCA	CHILLAN	CONCEPCION
TALCAHUANO	TEMUCO	

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA:

“ROYLE”

## Colaboradores

ERNESTO MONTENEGRO.— Su ensayo sobre Pezoa Véliz fué publicado en su primera versión anónimamente, al frente de *Alma Chilena*, en 1912. Revisado por el autor, sale ahora de nuevo encabezando este número de BABEL con su firma. Otro trabajo análogo del mismo escritor: «Integridad de Baldomero Lillo» en nuestro número 22.

CARLOS PEZO VELIZ.—1879 - 1908. Los versos que insertamos para conmemorar los cuarenta años de su prematura desaparición, pertenecen al poema titulado «Alma Chilena», que ha dado a su vez título al libro recopilado por Ernesto Montenegro en 1912.

GONZÁLEZ VERA.—Con anterioridad hemos publicado: «Estudiantes del año veinte» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35); «En el Club de Septiembre» (N.º 37); «Aprendiz de barbero» (N.º 39); «Cuan-do era muchacho» (N.º 40); «Vuelapoco y otros» (N.º 42); «Patancha y el vegetariano» (N.º 43). Todos recuerdos personales del mismo autor.

LUIS FRANCO.— Otra serie de aforismos de igual índole hallará el lector en el N.º 41 de BABEL bajo el título de «Ayer y hoy». En verso hemos publicado últimamente del mismo escritor y poeta argentino: «Tierra nuestra» (N.º 35) y «Construiremos la Nueva Babel» (N.º 39).

EUCLIDES GUZMÁN.— Véase de este joven cuentista chileno: «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (N.º 31); «Mi primer crimen» (N.º 33); «Yo lo sabía...» (N.º 35); «El nacimiento» (N.º 37); «Justicia local» (N.º 39); «El experimento» (N.º 41); «El hombre que venía de la pampa» (N.º 43).

LAÍN DIEZ.— La introducción al presente trabajo apareció en nuestro número anterior bajo el título de «Los alemanes del 48». En relación con la guerra civil del 91, consúltese sus «Notas sobre el materialismo histórico» en el número 29 de BABEL. Este artículo está dedicado a don Carlos Vicuña.

LEÓN S. PÉREZ.— Poeta argentino de origen sefardí. Ha publicado en Buenos Aires: *El mirador se mira* y en nuestras páginas: «Mensaje a los jóvenes poetas» (N.º 42). Anuncia: *La ciudad de los dioses de rodillas*.

DAVID ROUSSET. Escritor francés contemporáneo, perteneciente al grupo de «La Revue Internationale» donde apareció en su idioma original el trabajo que traducimos con su autorización. Ha publicado en 1945: *L'Univers concentrationnaire* (Premio Renaudot) y *Les Jours de nôtre mort*.

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

MAYO — JUNIO, 1948

AÑO IX **45** VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

## PEZOA VELIZ, POETA DEL PUEBLO

---

HE AQUÍ UNA COSA  
MARAVILLOSA: CONTAMOS CON MA-  
YOR NÚMERO DE POETAS QUE DE  
JUECES E INTÉRPRETES DE LA  
POESÍA. ES MÁS FÁCIL PRODU-  
CIRLA QUE CONOCERLA.

MONTAIGNE.

CARLOS Pezoa Véliz murió en un hospital de Santiago antes de cumplir los treinta años de edad y diez de vida literaria. Unos cuantos amigos, fieles a su admiración por el poeta, llevaron hasta lo último el deber humanitario de confortar su espíritu, martirizado como su cuerpo bajo la dura ley igualitaria de la sala común, y pasado el trance supremo hubo para sus despojos piadosa sepultura.

Hoy, a cuatro años de su muerte<sup>1</sup> su nombre se va perdiendo entre el tumulto de la lucha individual, mientras que el grueso público parece ya enteramente olvidado de un autor que sólo de tarde en tarde sorprendía sus gustos convencionales con versos de una originalidad fuerte y audaz. Se comprende: la obra del poeta, comparable a esas plantas cuyo fruto es la propia flor, rara vez perdura si sus hojas no tienen la consistencia de las hojas de un libro.

Pero así, intermitente y dispersa, la poesía de Pezoa Véliz alcanzó a interesar apasionadamente a un grupo de sus compañeros de letras. En las revistas y diarios santiaguinos, de 1898 adelante, cuando comienzan a aparecer sus versos (*A Zola, Himno del deseo*) vemos destacarse una voz singularmente expresiva entre los «nuevos» de esa época, tan cercana y sin embargo tan diferente de la actual. Uno podría resumir el carácter de aquella generación en las bazarías bohemias a lo Mürger, el sentimentalismo galante a lo De Musset, y las declamaciones teatrales de Dumas hijo. Con ese arsenal retórico se componían las sátiras anti-burguesas, los brindis macabros, madrigales a Mimí y letanías a las Magdalenas de barrio. Pezoa cayó como todos en pecado de imitación, pero hay que reconocer en seguida que su lenguaje incisivo y la audacia de su imaginación le salvaron de la vulgaridad. Luego el poderoso instinto de su naturaleza, que siempre le llevó a preferir la realidad viviente a la literatura, orienta su genio hacia los temas de la tierra, por donde le veremos ir cada vez con paso más seguro.

<sup>1</sup> Estos apuntes aparecieron sin la firma del autor como prólogo a la edición póstuma de los versos de Pezoa Véliz en 1912. Los reproducimos con algunas ligeras correcciones de Montenegro en el cuatrigésimo aniversario de la muerte del poeta.

Pedro Antonio González había intentado ya la renovación de nuestra poesía lírica. Algunos de sus antecesores, Salvador Sanfuentes, Guillermo Matta, Guillermo Blest - Gana y Eusebio Lillo, acogieron en su tiempo las inspiraciones del ambiente idealizando algunos de sus tipos y escenas, pero sin mostrarnos un carácter individual o representativo a través de su lenguaje demasiado simple y sin color. Su obra fué más bien un reflejo del romanticismo francés: una campaña de poetas ciudadanos que se ayudaban de la palabra armoniosa para despertar las energías y entusiasmos de un pueblo en formación. Con González la poesía chilena gana en sutileza de ritmo y brillo formal, y en sus *Ritmos* y poemas fragmentarios parecen agotarse nuestras capacidades de esa índole.

Pezoa debe figurar entre los tres o cuatro poetas de su generación que sobrepasan lo meramente lírico en busca de una expresión colectiva. Unos, como Víctor Domingo Silva, pusieron en rimas sonoras las tradiciones de su pueblo y sus aspiraciones de justicia social; otros, como Dublé Urrutia, nos ofrecen la visión nostálgica de la naturaleza araucana y de la agonía de su gente. A nuestro poeta le tocó el lote más humilde, la porción más grosera de todas; el destino le había señalado para comunicarnos la revelación original del alma popular. Manejado por las circunstancias de su origen y por los vaivenes de su existencia, ya nos hable de sí mismo o de lo que habla en él, siempre y aun a despecho suyo ha de ser ese poeta popular. Estaba predestinado a ser el más grande de ellos, o más propiamente, el primero.

No será necesario insistir mucho para que no se confunda el concepto de poeta popular con el de poeta vulgar. Hasta ahora ninguno de los rimadores de décimas por el estilo de las que se leen en los corros tabernarios, ha dado indicios de un genio capaz de mostrarnos recónditamente el espíritu de su clase. Ni *Sebastián Cangalla* o Bernardino Guajardo, a quienes les faltaron cultura propia y más ancho escenario, ni aun Juan Rafael Allende, talento limitado, más mordaz que penetrante, pudieron expresar lo que hay en el alma criolla de sentimentalidad latente, de socarronería, de fatalismo y generosidad.

Es como un gran poeta popular como apreciamos al autor de estos versos, sin disimularnos por eso todo lo que había en él de incoherente, de desigual e incompleto. A través de lo pintoresco superficial, él vió de preferencia en el pueblo su fondo trágico, la angustia semi-inconsciente de la pobre bes-

tia humana, para ir madurando poco a poco una concepción a la vez más serena y más cordial, en que al fin el autor y los elementos de su canción se confunden en una entrañable armonía. Y es en esa manera de sentir el destino del hombre, dándole por escenario del drama moral una naturaleza que sus ojos ven siempre magnífica y todopoderosa, y a la que se entrega con todas sus potencias, donde el poeta encarna el acerbo espectáculo de un pesimista que no quiere renunciar a ninguna satisfacción de la vida, por dura que se vuelva contra él, y a la que sigue implorando gracia hasta en el lecho de la agonía.

La Vida, la «hembra traidora» de sus íntimas congojas, fué su Manón, su Safo, tanto más esquiva cuanto más amada!

Ninguno de sus émulos estaba como él en condiciones de llegar a ser ese gran poeta popular que esperamos. Un poeta de la multitud, pero no necesariamente para ella. Porque si reconocemos que los meros recursos del arte no bastarían para penetrar el alma del pueblo hasta las regiones recónditas que son dominio del poeta, en sus pasiones, en sus anhelos, en todo lo que hay en ella de balbuciente y oscuro, habrá que reconocer luego que es la multitud quien debió engendrar y amamantar a su poeta. O en otras palabras, para interpretar con otros recursos que no sean la trasposición del regionalismo folklórico a nuestro huaso y nuestro roto — el hijo prudente y el hijo pródigo de la raza — era preciso que alguien venido del seno del pueblo diera expresión artística al sentir de sus hermanos. Alguien que hubiera nacido como el pueblo nace, de un origen incierto, y caído prematuramente en la orfandad; que hubiera sufrido sus privaciones, vivido su infancia sin ternuras y su azarosa juventud. Alguien como el roto de ingenio vivo y socarrón; como el huaso impresionable y supersticioso, a quien se le hubiesen revelado en toda su áspera desnudez las miserias del conventillo y del vagabundaje, los días sin pan y las noches sin refugio, la temprana necesidad de buscarse un oficio, y la vía - crucis que debe repechar para acercarse a donde le incita su doble ambición de desquite: nombre y fortuna.

Tal hombre fué nuestro poeta. Descorriendo el misterio de su origen lo vemos desarrollarse como un fruto natural del pueblo, por más que lo exigente de ciertos gustos suyos junto con algunos rasgos de su fisonomía, en contraste con lo burdo

de sus maneras y sus aficiones personales, parecieran más bien indicar una de esas uniones clandestinas que suelen fructificar al fondo de las casas patricias. La verdad resulta más simple, pero no menos dramática que la leyenda, hasta donde nos permite penetrar el testimonio de Juan Luis Jerez, el camarada de Pezoa en sus correrías de la mocedad y su colaborador en las tiradas polémicas y las versainas «a lo humano y lo divino» con que solían ganarse el pan y el trago del momento.

Carlos nació el 21 de Julio de 1879, en uno de los arrabales de Santiago. Su madre parece haber estado por ese tiempo en el servicio doméstico, sea de criada o costurera. Su padre habría sido un inmigrante español. El destino quiere que en los progenitores de nuestro poeta más representativo se renueve la alianza de las dos razas. ¿Fue su padre de la misma estirpe de esos castellanos o vascos que emigran a América con hambre de aventura, para sumirse apenas llegados en la estrecha rutina de una casa de préstamos o de una tienda de trapos? Si es así, sus más altos sueños debían también esta vez florecer tardíamente en su retoño.

La infancia de Carlos pasa en una vivienda apacible y de medianas comodidades. Los dueños de casa, uno de esos matrimonios sin hijos que sienten su falta como una orfandad regresiva, se van encariñando con el despierto muchachito de rizos rubios y claros ojos juguetones, y concluyen adoptándolo por hijo. No satisfecha con esto la manía del matrimonio Pezoa - Véliz, convienen pronto en una nueva adopción, y le dan al niño una «hermana». Así se completa la ilusión de una familia cuyo recuerdo le sería, ya hombre, más querido que el de sus padres naturales.

Su educación sufre con el contagio de un vecindario poco edificante. El jovencito estudioso y sumiso comienza a ceder a la influencia del mal ejemplo: las burlas del mozo que ejercita una libertad precoz y los consejos de los hombres corridos. Comienzan los sobresaltos de los suyos con las primeras escapadas de Carlos, desde los merodeos nocturnos por otros barrios hasta las ausencias dilatadas en que conoce Valparaíso y Viña del Mar. Es la época tormentosa de su adolescencia en que sus ambiciones más nobles sufren el asalto de los instintos prontos a despezarse en su naturaleza; es entonces cuando conoce «el jergón de la vivienda» de favor; los días en que, según apunta en los cuadernos de su Diario, tendrá por todo alimento algunas tazas de té, sin pan. Desesperado después de una de esas escapadas de bohemio, entra de aprendiz de zapatero.

Algunos meses más tarde está de nuevo al lado de sus «viejos», arrepentido y resignado en apariencia. ¿Pudieron imaginarse esas buenas gentes, y pudo importarles, de haberlo presentado, que su única recompensa estaría en la circunstancia de ligar un día sus modestos nombres a una obra que ha de quedar entre las más originales y duraderas de la poesía patria?

Por este tiempo es cuando se despierta su vocación literaria. A los veinte años ha hecho su servicio militar, y tras asentar una sumaria impresión escrita de sus experiencias, se ha buscado un empleo de ayudante de escuela. En sus primeros ensayos, confinados a esos cuadernos de Memorias, desahoga aquella violenta pasión de su adolescencia, idilio alternado de rompimientos y reconciliaciones igualmente cargados de protestas, que sucede a los librescos amores con la *Margarita Gautier* que veremos dibujarse fugazmente en *Cosa Pasada*. Hay que sorprender en sus apuntes íntimos la vehemente ingenuidad de aquel idilio, acaso el más puro y profundo de su vida, y verlo confesarse en la aspiración a formar un hogar dentro de la legalidad. Pero la violencia de sus celos retrospectivos desbarata sus planes.

Sus primeros versos debieron costarle esfuerzos considerables. El lenguaje es incierto y pobre, y las imágenes siguen el tipo convencional de los textos. Nótese el empaque meticuloso de sus primeros ensayos rimados y compáreseles con los que escribió en la plena posesión de sus facultades, y se tendrá una sugerente lección objetiva acerca de la originalidad artística. Esta se nos presenta así como una liberación progresiva de nuestra personalidad, acendrada por el estudio y la observación, pero basada sobre todo en el conocimiento del propio temperamento y de la vida en su variedad de recursos y estímulos. La originalidad literaria viene a resultar por lo tanto como el equivalente, en lo intelectual, de la sinceridad ante nuestras impresiones y pensamientos.

¿Qué es pues lo que distingue la originalidad de este poeta? La franqueza a veces cruel, a veces brutal, en la expresión de su sentir y su pensar. Los puristas tendrán que echarle en cara su indisciplina, sus caídas bruscas, su tono desigual; los técnicos tacharán en su verso la aspereza del ritmo, las rimas atrabiliarias o forzadas; los moralistas se escandalizarán con los arrebatos de su sensualidad. Y, con todo eso, nos atrevemos a afirmar aquí que el poeta había encontrado ya su estilo propio, el más eficaz para la expresión de su espíritu impacien-



te, anegado en el claro-oscuro de su humorismo; y añadiremos que ese estilo tan personal puede beneficiar más a la juventud escritora, como espuela de la propia originalidad, que todas las lánguidas perfecciones de los abuelos.

Preocupado de alcanzar la más vigorosa expresión, Pezoa perseguía la palabra justa con una tenacidad que llegaba a hacerse dolorosa, para vaciar al fin un trozo de realidad caliente y palpitante en líneas breves, sobrias de trops y enérgicas y coloridas como su acento. Por eso sus versos se le asemejaban como los hijos suelen parecerse a sus padres, no sólo en fisonomía sino además en espíritu. Sus giros caprichosos, sus salidas sarcásticas, estaban ya en sus desahogos habituales, y en sus humoradas óyese todavía el eco de su risa, estridente, empapada en mordacidad y cortada de pronto por quién sabe qué históricas reacciones de amargura.

Sus amigos de aquellos tiempos lo recuerdan como un mozo flaco y huraño, de maneras imperiosas y de ingenio procaz. La rudeza dominaba igualmente en su voz y en su fisonomía; el cabello áspero y revuelto, la cara tallada a recios planos, los ojos de un azul duro, de metal, y la boca a menudo contraída en un gesto desdeñoso o burlón.

## I I I

Nuestro conocimiento con el poeta comienza a su vuelta a Viña del Mar, donde desempeñaba un empleo de profesor de castellano en un «pensionado de señoritas». No nos pareció por entonces una persona simpática en el alcance del calificativo corriente. Para nosotros, los muchachos de esa época, era más que eso: un sujeto interesante, un hombre en que concurrían muchas de esas cualidades raras e inimitables que constituyen una personalidad. Y esto sin afectación ni rebuscamientos. Pocos han sabido bordear mejor todo prurito de pedantería ni revelado mayor habilidad en hablar a cada cual según sus alcances, siempre que el humor fuese propicio. Fué charlador intencionado en las tertulias literarias; galante, agresivo y dicharachero en las tertulias populares. ¿No celebramos todos un día sus improvisaciones en las ramadas del Dieciocho, y a cuántos no sorprendieron sus contrapuntos con alguno de esos abominables verseros de cartel que se gastaban el título de *Poeta Nacional Chileno*?

De su experiencia de la vida había entresacado un código de conducta al que llamaba su «táctica». El nombre está

indicando que no se ponía del lado de aquellos que miran la vida como una mascarada; pero tampoco iba a sumarse a los que epicúreamente la toman como una sucesión de goces y sufrimientos que deben ser aceptados con ecuanimidad. El poeta era más bien uno de esos hedonistas desencantados que ven el mundo como un combate sordo pero sin tregua, de ordinario sin que la sangre asome ni reviente el grito, pero siempre inexorable.

Su apreciación de la literarura tomaba igualmente un cariz sensual. Saboreaba una imagen afortunada como una fruta, y mordía en la frase como en una pulpa jugosa y tibia que le humedecía los labios y le encandilaba los ojos. Solía leernos así un trozo de Zola en que se detallaba una comilona de boda en un barrio obrero de París, (*L'assomoir*) o alguna escena de Gorki bajo el crudo sol de la estepa. Cualquiera expresión sentimental invitaba su felino buen humor, y lo cursi llegaba a provocarle ese entusiasmo profesional que el médico muestra a la vista de un tumor maduro para la cuchilla. Pero si en la literatura era un catador instintivo, en el trato corriente no valoraba menos un rasgo de ingenio o de picardía. Su risa alcanzaba malignas resonancias cuando oía contar de cualquier bobalicón engañado por un timador, o de algún señor grave a quien un cualquiera le faltó al respeto. «Cazurro» era un calificativo que sonaba como un elogio en su boca, y el héroe de la novela picaresca tenía a su ver más de un punto recomendable. Chaplin hubiese sido su grande admiración: el ingenio pronto contra la fuerza bruta; el espíritu contra la letra. El mar tenía para él una fascinación apaciguadora. Vagaba días enteros por las playas. Me parece ver todavía sus ojos zahareños y queda en mi memoria el eco de su voz estridente, con entonaciones plañideras, gritando por encima del estruendo del oleaje esta estrofa de Dublé Urrutia:

*Ha llovido; mas brilla el sol ahora  
en el azul profundo. Cielo arriba,  
lenta pasa una banda viajadora  
de nubes con andares de cautiva.  
De distantes corrales y senderos  
llegan gritos velados de boyeros  
iracundos, clamores pastorales  
que retumban por quiebros y tapias...  
Todo está húmedo y fresco: los aleros  
gotean; flota el vaho en los trigales.*

Su espíritu estaba en pleno florecimiento. Es éste el período en que produce sus poesías más intensas y personales. Su nombre se ha hecho una reputación literaria; se habla de los Téés de Pezoa en Viña, de las reuniones dominicales a que concurren Magallanes Moure, Samuel Lillo, Silva, Thomson, el colombiano Isaías Gamboa, el salvadoreño Masferrer, Guillermo Labarca y algunos contertulios más jóvenes, admiradores silenciosos y ávidos oyentes. Pezoa ha encontrado un pasajero equilibrio en su existencia, y mientras su ambición husmea alguna alianza aristocrática, se aviene con una modesta felicidad doméstica en casa de una viuda joven y de buen parecer. Su orfandad de afectos asumía en lo espiritual el ansia de una ternura no satisfecha, o de una apacible aspiración a fundar una familia y establecer un hogar. ¿Quedaba en el hombre la trizadura del amor filial? Natural hubiese sido creerlo cuando le veíamos con qué regalona familiaridad, en demanda de solícitos cuidados, se acercaba a nuestras madres.

Su poesía es en parte la consecuencia de este abandono. De haber tenido una familia y fortuna, sin tan contraria experiencia a cuestras, probablemente no gastara el empeño de escribir sus fantasías: le bastara con vivirlas. Menos frecuentado por el sufrimiento y la miseria, acaso habríase quedado en dilettante o en derrochador de caprichoso refinamiento, como lo fué de metáforas espléndidas. Pero le iba a tocar agotarse como tantos otros bajo un régimen social en que el pechero nace con los arrestos que piden las armas abandonadas por su degenerado señor, y que ha de intentar ganarse a costa de sus más preciosas energías. Por no haber alcanzado el derrotero de la fortuna hacia el cual clavó la brújula de su barco, hubo de resignarse a robar horas a sus aficiones de vagabundo contemplativo para sumirse en una tenaz labor de estilo, en busca de la esquivá expresión de su sentir; y como en el caso imaginado por Daudet, a veces se ve colorear entre el oro del puñado de versos arrancado a su cerebro, la sangre coagulada entre las uñas. Acaso también el dolor de dar vida a su arte adornecía en él otras amarguras más secretas, engañando muchas decepciones y haciéndole sentirse más digno de su alta ambición.

## I V

Allá por 1905 Pezoa se aparece por la sala de redacción de los diarios porteños, ensayando la prosa literaria y la política. Escribe a su manera algunos relatos y apuntes de tipos y pai-

sajes (*El niño diablo*, *La calle Viana*, *el Candor de los pobres*, etc.). Creía haberse revelado como un buen prosista, y ya anunciaba un volumen de esa clase de trabajos suyos con el título de *Tierra Bravía*. La verdad es que su fuerza de observación no se ha perdido, pero el estilo tiene un tono forzado, un empaque de campesino que sale de una tienda de ropa hecha. Los bosquejos que aparecen al final de su obra póstuma son los que parecen reflejar mejor sus aciertos de ese género.

La pesadilla de su vida, la miseria, que en su obra tiene el retintín de una obsesión, parece haber quedado atrás para siempre. Una afortunada campaña política, a su vuelta de una jira por la pampa salitrera, adonde fué a buscar suscripciones para un diario demócrata de Valparaíso, le ha dado por premio la secretaría municipal de Viña del Mar. Hélo aquí al fin un poco a sus anchas, vestido con cierto esmero, fantaseando al halago de las más ricas ilusiones... cuando uno de los incontables accidentes del terremoto (1906) le convierte en una criatura inerte y dolorida, en una ruina viviente. Atormentado por los cirujanos, arrastrándose con ayuda de las muletas, apenas puede abandonar la enfermería y va a refugiarse en casa de unos amigos, en el campo.

Comienza entonces una porfía desesperada con la muerte. En su rebeldía trasparentase el horror de un espíritu inquieto, enamorado de la vida, pese a todo cuanto le ha hecho sufrir al vislumbrar allá al término del camino una puerta estrecha, con esta sentencia más desconsoladora que la del Dante: No pensar; no sentir.

Pronto estuvo de vuelta en el hospital, con más graves achaques. Sus amigos pasan a visitarle, y se encuentran con la imagen desencarnada del poeta, enigmático de palabra, presa de extraños caprichos, y que ahora rechaza con gesto cansado al mismo que antes hizo llamar con premiosa insistencia para terminar agarrándose a su ropa como un náufrago, en el momento de verlo partir. Con el sufrimiento, vuelve la urgencia de escribir y la nota elegíaca halla su contrapeso en la humorística. Aquí se revela nuevamente la relación que siempre existió entre los padecimientos de la carne y la exaltación de su espíritu. Esto era una manifestación tan persistente, que aún recordamos haberle visto durante toda una vigilia retorcerse componiendo una farsa rimada entre las convulsiones de una neuralgia atroz.

Al fin se rinde a la certidumbre de su cercano fin, y pide que le lleven a Santiago. Quiere que le den sepultura cerca

de sus «buenos viejos», según declara a sus íntimos. En el hospital de San Vicente, una turbia mañana de Otoño, de tan áspero cariz como su destino, sus pobres restos salen a descansar al abrigo de la madre tierra (21 de Abril de 1908).

## V

En la poesía de Pezoa Veliz aparecen tres ciclos bien definidos. El primero es naturalmente el de sus ensayos e imitaciones, en que se transparenta la influencia romántica de la época. La nota pasional, vibrante de erotismo y de amargura, es la más insistente de todas. El segundo período, que abarca de 1902 a 1905, es el de plena floración. Aparecen entonces *El organillo*, *Nada* y *Pancho y Tomás*, poesías de una emoción profunda y sobria, y cuya intensidad no ha sido superada en nuestra literatura.

*Pancho y Tomás* es el primero de sus poemas «nacionales». *De vuelta de la pampa* y *Alma Chilena* vienen más tarde: el último de ellos escrito en el hospital. Lo que distingue esencialmente estos tres aciertos de poesía popular es su interpretación del pueblo. En el primero el poeta aún no siente por él una simpatía particular; más bien se diría que lo odia por su envilecimiento, por su resignación. Pero la voz del pueblo va hablando en él cada vez con mayor claridad, y esta instintiva compenetración es suficiente. La madurez de su espíritu fué dulcificando el tono de sus versos, a la vez que sus dolencias ensombrecían el colorido de su imaginación, que en *La primera lluvia* confunde su gris lloroso con el del cielo que la inspira. Así veremos luego modificarse el argumento de su poema *El polvorazo*, reformado más tarde con el título *De vuelta de la pampa*. Lo que debió ser la historia trágica de una frecuente burla del destino en la pampa salitrera, se convierte al final de su larga gestación en un canto fraternal del esfuerzo del huaso convertido en zapador del salitre. Pedro Ureta debió morir al tocar término a su contrata, ya pronto a regresar a su valle nativo: lo arrojaría contra el cielo el reventón tardío de unos quintales de pólvora con que iba a poner término a la faena.

En la reforma que Pezoa impuso a su poema se hace patente la evolución de su espíritu hacia una comprensión más serena del destino del hombre. Esta es la tendencia que veremos infundirse luego en *Alma Chilena*, algo así como su tes-

tamento espiritual, y cuyo título pasó a abarcar toda su obra como el más revelador de su naturaleza. Al leer estos versos de una simplicidad tan campechana, de una comprensión tan justa del corazón de su pueblo, se siente que el poeta había alcanzado al fin la vía recta y ancha por donde llevaría tras sí las multitudes. La raza iba a salir de su mudez centenaria para saludar el nacimiento de su conciencia artística. Iba a nacer el gran poema nacional, oloroso a yerbabuena, con sabor a leche fresca, frente a un horizonte de tierra labrada; al rumor de la chingana o en el torbellino clamoroso y pintoresco de las últimas trillas y rodeos. Su canción debía hacer rodar sus ecos por los ranchos montañoses, en los arrabales de las ciudades, y entre la reventazón de la marea contra lo empinado de nuestras playas. Pero el instrumento no estaba aun suficientemente templado para resistir la violencia del soplo divino que vibraba en él, y bien pronto lo rompió. Y el pueblo, ignorante de que era una vez más desposeído, aguardará quién sabe cuanto tiempo todavía al hermano que venga a decirle no solamente su bravo empuje de guerrero, sus debilidades y sus crímenes, sino también sus callados padecimientos, sus bulliciosos gocijos, sus generosidades, su alma entera.



ROTOS DE ALTO RANGO

---

LA inmensa ciudad condensa  
su vida, ahonda en sí misma  
y bajo la noche inmensa  
se reconcentra, comienza  
a meditar y se abisma.

Todo calla, todo calla...  
Sólo desde el mar, del dique  
llega un resplandor de hornalla  
y redobla la metralla  
del martillo junto al pique.

Y vense chispas de fragua  
sobre la curva de un dombo,  
y en un barcazo, el «Oyagua»,  
se asusta y se crispa el agua  
por los golpazos del combo.

Son los trabajos del dique...  
Es el formidable cántico,  
el clarinazo, el repique  
del martillo junto al pique  
en que se halla el trasatlántico.

Son los maestros de fragua,  
mecánicos, que aptos, sobre  
la hosca herida del «Oyagua»  
retan frío, fuego y agua  
con sus músculos de cobre.

Son los rotos de alto rango.  
¿Son de dónde? Nadie sabe:  
uno recuerda que en Tango  
hundió el cuchillo hasta el mango  
por cierto asuntillo grave...

Ahí está el «nariz de luma»  
que hoy es tiemple de la Ulalia.  
(Y este rubio que fuma?  
Fué el hijo de un bichicuma  
que importaron de la Australia.)

Y el maipino Juan María,  
Juan José, Pancho Cabrera,  
huasos que fueron un día,  
hoy en la secretaría  
de un centro de Unión Obrera.

Y Austin, un viejo que encanta  
padre de siete gandules,  
que como eran de «emigranta»  
fueron de mirada santa  
y ojos hondamente azules.

Y Sancho, un hombrón que alienta  
carne y que en carne desborda  
y de quien alguno cuenta  
que hace sudar «al de treinta»  
y aun engorda.

John Pencil, pintor mestizo  
que traza siempre en el dique,  
siempre un cuadro: un mar cobrizo,  
dos barcos, Prat en Iquique,  
inaudito, hosco, macizo.

Y el negro Lucho Orellana,  
bufón de la alegre tropa,  
que con un «congrío» que gana  
mantiene madre y hermana  
y aun le queda «pa la copa».

Todos temple de machete.  
Cada uno un buen muchacho  
con el buen humor de siete,  
que arroja como un cohete  
la pulla o el dicharacho.

## MARURI ESQUINA DE CRUZ

## I

DESPERTÉ, avanzada la mañana, con el sentimiento de haber perdido horas preciosas. Casi desconocía mi nueva casa y no tenía noción de cómo era la calle y lo demás. El niño, por otra parte, no valora sino la vigilia. Duerme por no poder evitarlo, pero lucha contra el sueño. Querría estar en pie día y noche. Es tanto lo que tiene que ver, lo que puede oír y tan grande su necesidad de andar, gritar, correr y dar empleo a su energía inagotable.

Mientras mi madre servía el desayuno, salí al patio. Aprisionado entre dos muros había un viejo parrón. Lo encontré hermoso. Desayuné de prisa porque ansiaba ver lo de fuera. Empero hube de reprimir mi insoportable curiosidad, pues mi padre tardó en salir. Por verlo tan poco, por su carácter severo y su voz llena y grave, me inspiraba temor.

Cerca de las nueve logré llegar a la puerta. Me asomé a la calle con timidez, como si bordeara un abismo. Hacia la izquierda, hasta llegar a Colón, sucedíanse, iguales, puertas y ventanas. Osé, por último, aventurarme hasta la esquina de Cruz, que estaba a cuatro puertas de distancia. Todo fué mirar hacia Independencia, descubrir el amplio edificio de altos de la fábrica de cerveza Andrés Ebner, construcción imponente pintada de amarillo, y quedar sobrecogido de emoción. Parecióme un palacio de cuento de hadas. Rápidamente volví a casa a comunicar mi impresión.

Salvo mis hermanos Aída, Efraín y Miguel, que salieron al momento a disfrutar de tan pasmoso espectáculo, los grandes se limitaron a oírme con cortesía.

En mi pueblo las casas eran de un piso, bajas, achatadas, desvaídas y separadas unas de otras por solares cubiertos de yerba. Luego advertí que hacía donde mirara se extendían manzanas de viviendas, y que las calles permanecían animadas por el ir y venir del vecindario. Los muchachos que pasaban por mi lado parecíanme agudos y vivaces.

## II

Mi madre llevóme a los pocos días a una escuela religiosa situada en calle López. Era un caserón oscuro. Quedé matriculado y se me hizo entrar a una sala ruinoso, sombría, de muros desiertos. Había escasos alumnos, y uno algo mayor golpeaba el pupitre y gritaba una lección que los menores corearon. Hallé que era una escuela sin alma y no volví por la tarde. No sé cómo hablé a mi madre que consintió en dejarme en casa. El año estaba avanzado y estudié con ayuda suya y de mi padre.

En Marzo fuí admitido en la segunda preparatoria del Liceo Santiago.

Sin perjuicio de estudiar, vagué por el barrio y no dejé rincón sin conocer. Existían calles formadas únicamente por conventillos, comunicados entre sí, por cuyos pasajes era doble hacer los más pintorescos viajes. Contrastaba con estas viviendas el Convento del Buen Pastor, al que venían caballeros jóvenes y viejos a vivir santamente durante una quincena.

En Rivera, en su última cuadra, hay una iglesia que deslinda con otro Convento de altos muros que se extienden por Fermín Vivaceta y casi alcanzan a la calle del Retiro. Por Vivaceta hay un portón maltratado por el golpeteo de los pedigüeños. Al mediodía un fraile lo deja franco y se aposta ante un fondo de sopas. Una treintena de harapientos pone sus ollas y el lego las llena sin decir palabra. Apenas los mendigos se dispersan, cierra el portón. Durante minutos sentíase el ruido de barras y trancas. Así los piadosos habitantes del Convento se protegían de latrocinios y sorpresas.

Vivaceta o el Callejón de las Hornillas, contaba con un apreciable número de cantinas. Hacia el poniente había calles sin urbanizar en donde se guarecían incontables cuchilleros. Dábaseles este nombre no por hacer cuchillos, sino por emplearlos a menudo en abrir el vientre de sus semejantes, a los cuales también robaban. No moría gente cada día, pero sí cada semana o cada mes.

Años más tarde se alzó otro convento minúsculo a la entrada de Rivera. Decíase que era para reducir a las jóvenes de excesiva emotividad. Raro era ver la puerta abierta. Una sola vez pude presenciarse la llegada de un coche y ver que dos jóvenes pálidos, vestidos con traje oscuro, bajaban a una niña mediante la fuerza. Era una hermosa muchacha que lloraba y clamaba. Tan pronto como golpearon, abrióse la puerta y

desaparecieron todos tres. Nunca sentí más desesperación de ser sólo un muchacho y no un hombre. La habría libertado, diciéndole:

— Usted es libre. Vaya donde quiera...

Por años recordé nítidamente esa escena y se renovaba en mí la compasión que la joven me inspirara. Era muy blanca, sonrosada, de bellos ojos y cabellera negra. Su propia voz, tan dolorosa, no se iba de mi memoria. Sus acompañantes tenían distinción y como les era común el negro atavío, los supuse huérfanos, acaso perdieron a su madre en fecha reciente, y venían a internar a su hermana por no poder cuidar de ella. Encontré cruel la conducta de los varones.

Como no pudiera libertarla entonces, compensaba la mortificación que su encierro me produjo, liberándola en sueños. Ella se mostraba agradecida y me miraba como si yo fuera un sujeto notable. Luego partía sustrayéndose a mi vista. En sueños sentíame orgulloso de mi conducta. Y, pasado algún tiempo, volvía a libertarla.

## I I I

La calle Maruri era animadísima. En la cuadra existen no menos de doscientas puertas, sin contar las del lado oriente. Un mundo de pequeños empleados y de artesanos respetables entraba y salía.

Por ella conducían los presos. Nunca pude verlos pasar sin que se me produjera un estado de desasosiego. Los ladrones eran llevados de la muñeca, a veces con esposas o atados con una cuerda. Unos hacían el camino sin alzar la vista, otros iban indiferentes como si lo que les acontecía fuera natural; los temerosos de ser apaleados caminaban dando gritos aterradores; los niños ladrones solían llevar una expresión de espanto, no faltando los que aparentaban completa insensibilidad.

Los sábados y domingos transitaban las víctimas del vino; hombres que enterraron su puñal en el vientre de su mujer o de su amigo de libaciones; borrachos que magullaron a sus compañeros después de cobrarles sentimientos. Junto a los hechores iban sangrando las víctimas. Cuando las heridas no eran graves, los afectados veíanse un tanto ridículos.

Un guardián joven conducía a una hembra cincuenta, semiebria. Al pasar la esquina de Cruz aquélla no quiso prose-

guir. Primero se echó hacia atrás. Ante la presión del guardián se dejó caer en la acera. Su aprehensor trató de levantarla. La mujer se defendió en el suelo tirándole arañazos y puntapiés. Luego tuvo la más perversa inspiración: recogió su vestido hasta la cintura descubriendo la parte que es costumbre velar más. El guardián palideció. Era muy jovencito. Quitóse su esclavina y cubrió lo mejor que pudo a la furia. Esta rechazó la pequeña capa. Entonces él se inclinó queriendo estirarle la falda, pero ella, a cada intento del policía, volvía a recogerse. Duró esta lucha un largo cuarto de hora. La mujer pudo al fin asegurar su falda en la cintura, dejando su negro cuerpo más desnudo todavía. El guardián estaba rojo. Optó por coger su esclavina y sujetarla en los muslos de la provocadora, que pateó y forcejeó con denuedo, logrando recuperar su aspecto de Eva. De no estar embriagada habría advertido que su cuerpo no podía tentar siquiera a un pintor ciego.

Mientras, las comadres y los mocosos habían formado un círculo en torno de ellos. Apiadáronse aquéllas del pobre guardián y pidieron a la empecinada que se cubriera, porque el tiempo estaba malísimo y podía venirle una pulmonía. ¿Con qué fin exponerse a tan terrible enfermedad? Fuera de que el Señor no nos ha dado la vida para disiparla, sino para hacer de ella algo bueno.

La yacedora no resultó insensible al verbo y, sin abandonar su gesto duro, extendió sus vestidos y poco después se puso de pie y se dejó conducir por el vergonzoso guardián.

## I V

En la esquina de Maruri con Cruz existía una carnicería. Entré en relaciones con Miguel, el hijo mayor del carnicero. Aquél acercábase a los dieciocho años. Ayudaba a su padre en la mañana. En la tarde hacía el reparto a domicilio. Me enseñó a fumar. Cuando tengo accesos de tos, cómo lo recuerdo. Era delgado, de ojos pequeños, amarillento, generoso, desenvuelto. Lo acompañaba al reparto. Ibamos a dos o tres conventos y a varias casas de gente rica. En una de éstas, la señora, mujer de aire noble y cabellera cana, me preguntó si quería quedarme en su casa de mozo. Inquirí cual era el sueldo. Con exquisita prudencia me respondió que por ser tan muchacho no se atrevía sino a darme la comida...

Miguel a cada muchacha que pasaba junto a él la requiebaba. Alguna le sonreía porque él no carecía de gracia.

La preocupación de Miguel era ser muy hombre... Por eso fumaba con frenesí. Para acentuar su hombría empezó a beber. Si no fuera por el vino no cabría la gente en Chile. Como era de índole amistosa, y todos le querían, no tenía oportunidad de pelear. Sin embargo, siempre contaba peleas imaginarias, en las cuales asestaba a sus contendores bofetadas que causaban espanto.

Era su confidente, pero desagradábame oírle contar peleas porque, en su entusiasmo, me daba golpes sintéticos para que me formara idea más cabal de cómo golpeó a su enemigo.

Una tarde, de regreso — bueno es decir que traía el cuerpo ahito de cerveza —, pretendió hacerle una broma al japonés que vendía turrón en Calle Cruz. Cogió de paso un paquetito. El asiático, con rostro alegre y rápido movimiento, golpeó con su martillito sobre la mano raptora. Aunque minúsculo, el martillito era de acero. Ofuscado por el dolor Miguel quiso abofetearlo. Con celeridad el japonés encogió los dedos de su mano derecha, tomó impulso y le pegó bajo la nariz. Miguel, a trastabillones, fué a rebotar en la pared. No pudo creer lo que veía y trató de coger a su atacante. El enteco japonés retrocedió y le enderezó tal cabezada que el joven, por el aire, cayó duramente a un metro de distancia. Molido, dolorido, jadeante, se levantó con suma dificultad y se deshizo en injurias. Así no pelean los cristianos. ¿Por qué no le hacía frente con los puños? Si quería, podían luchar. De esta manera se veía cual era más hombre.

El japonés no recogió las injurias y, sin mirarlo, empezó a picar su turrón. Su aspecto era tan tranquilo y risueño que costaba creer que minutos antes estuvo peleando.

Por esa época varios japoneses dedicábanse a la venta de turrón. Ellos lo denominaban pirirí. Apostábanse en lugares inmediatos a las escuelas. Otros eran peluqueros o jardineros. Resultaba difícil diferenciarlos porque todos eran bajos, delgados, sonrientes. Jamás iniciaban la conversación. Sólo asentían. Salvo ese incidente, nunca ví a ninguno que no fuera amable.

Después de la guerra del 14, individuos que están en el secreto de todo, dijeron que los japoneses no emigran por su gusto, sino para cumplir órdenes del Micado. Los pescadores, más que tales — cuando su origen era asiático —, eran dibujantes expertísimos que diseñaban el perfil del litoral, el

emplazamiento de los cañones, etcétera. Aquellos que actuaban de barberos o jardineros, venían a estudiar las costumbres y a crear simpatía hacia su país.

Nunca pude diferenciar un japonés de un chino. Un norteamericano ingenioso me dijo que podía reconocerse al japonés por su propensión a llevar una máquina fotográfica.

Los chinos no abundaban en Santiago. Unos pocos eran carniceros y dos o más regentaban hoteluchos en los alrededores del Mapocho. Sobre sus puertas veíanse globos de vidrio pintados de verde o rojo. Al parecer el chino es más indolente, no sonríe y produce la impresión de que vive a sus anchas en soledad.

Hablábase entonces del peligro amarillo. Los Estados Unidos limitaron la entrada de chinos y japoneses, y no sabían cómo resolver el problema de su defensa, pues veían a los cuatrocientos millones de asiáticos avanzando hacia Europa e invadir, a continuación, la costa americana. En «La peste escarlata» Jack London imagina, no recuerdo si en globo o aeroplano, que sus compatriotas van al Asia y dejan caer microbios, toneladas de microbios del cólera. Poco después han muerto los chinos y los japoneses y la tierra amarilla queda lista para la agricultura.

## v

En Maruri, hacia Rivera, habitaba una familia española. El padre ganábase el sustento repartiendo parafina a domicilio. Era un trabajo rudo. Salía con dos latas y su hijo Amador con otro par. Antes, los obreros alumbrábanse con velas, los empleados con lámparas a parafina y sólo los poderosos usaban gas.

Hice amistad con Amador Ledesma. Tenía anchas espaldas y brazos musculosos. No existía cuerpo, por pesado que fuese, que no levantara. Agregábase a esto que era de alma ardiente. Se manifestó republicano, librepensador, propenso al estudio de las ciencias ocultas y muy devoto de Alfonso XIII, al cual encontraba simpatiquísimo.

Conocí en su hogar a un peninsular de mejillas tan enjutas que parecían cosidas por dentro. Mirándolo pensé que cuando muriera no experimentaría gran cambio porque ya, bajo su ligera piel, se adivinaba el esqueleto. Perteneecía a ese tipo físico que tan bien representó don Manuel Antonio Tocornal.

Este español de ojos hundidos era venerado por Amador. De una sola mirada, según éste, podía dejar clavado en el suelo a cualquier prójimo. Era aquél nada menos que espiritista. Estos dan mucha importancia a la mirada y querían usarla como puño. Un segundo invocador de espíritus que ví más tarde tenía una fisonomía alegre y era carnosó. Me pareció impostor.

La familia de Amador estaba formada por cinco hombres y cinco mujeres. A la hora de comer, la mesa asemejábase a un parlamento. Hablaban a voces de todos los asuntos imaginables. Luego se cantaba. Antonio tenía una voz cálida. La madre, que era un ser fino, pequeño, de gran carácter, solía entonar esas melodías temblorosas de los andaluces que siempre han tenido la virtud de ponerme trémulo.

El único que se mantenía al margen del canto era José, el primogénito. Prefería fumar encendiendo el nuevo cigarrillo en la colilla del anterior, y maldecir. Cuando sonreía daban deseos de regalarle diez pesos. Mientras lo pude ver hacía lo imposible porque sonriera. La risa de un ser adusto es como una orquídea.

Los muchachos cantaban una canción acaso de inspiración carlista: «Larriveta está en la sierra — y no se quiere entregar — y sus hijos que le dicen — entreguése usted papá. — No me entrego ni me entrego — ni me tengo de entregar — porque tengo carabina — y balás con que tirar — . . . . — ¡Viva la Santa Enumancia — y el católico fervor!» Dos versos se han ido de mi memoria. ¿Quién era Larriveta? Tal vez un montonero carlista.

El hogar de los Ledesma recordábame el de los Soler. Había en uno y otro un nudo entre padres e hijos. No obstante, las comodidades no eran mayores que las de cualquier artesano, pero sí la capacidad de aquellos para crear ambiente y mantenerlo.

## VI

La madre de Amador sentía pasión por las novelas por entrega. Existía una librería en Avenida Brasil que enviaba repartidores a todas las calles, una vez por semana, a dejar un cuadernillo. Costaba cuarenta centavos. Cuando entregaban el último, obsequiaban una oleografía con su vidrio y su marco.

Figuraba en una el rey de España con su familia, en la segunda aparecía Víctor Manuel con su esposa, en la siguiente un grupo de rusos, envueltos en pieles, huían de los lobos en un trinero que se deslizaba velozmente por la nieve; en otra veíase una danzarina mora, moviendo sus caderas poderosas dentro de un círculo de varones orientales nada melancólicos; la final era un paisaje boscoso con una figura de cazador al cual seguían dos o tres perros.

Las novelas venían impresas en grandes caracteres. Eran muy sobrias en descripciones y profusas en el diálogo. En unas tratábase del bandido que roba a los ricos, toma para sí lo más indispensable y entrega el sobrante a los pobres de Sierra Morena. Estos por gratitud desvían de la buena pista a los guardias civiles.

En otra se narra la vida de una joven muy bella — una verdadera flor — que lucha por defender su honra en condiciones horrosas. Apenas sale de un peligro cae en nueva emboscada. Estas alternativas se prolongan por meses. Al final de la novela pone sus ojos en ella un verdadero noble que la hace su esposa. En la víspera del matrimonio descúbrese que la joven también es noble: unos gitanos habíanla robado pequeña de casa del Conde de Peñalver.

Abundaban las obras en que el protagonista es duque o marqués. Tanto el uno como el otro viven esquivando el cuerpo a toda suerte de peligros. Forajidos que no se detienen ante nada pretenden emparedarlos, encerrarlos en un sótano o enterrarles un puñal en la garganta. A veces los salva un criado fiel. ¿Por qué tan despiadada persecución? Sencillemente por despojarles de los sacos de duros que el duque y el marqués tienen dentro de una pared que se puede hacer girar oprimiendo un botón disimulado.

Los impresores terminaban el cuadernillo cuando la joven, agotada, parece que no podrá preservar su honor, o cuando el duque está a punto de pasar a mejor vida.

Las lectoras procuraban leer con calma y releer en espera del cuadernillo siguiente. Las que carecían de quehaceres domésticos sufrían lo indecible. Hacían conjeturas. No había una que pudiera reprimir las lágrimas. A la llegada del repartidor estaban trémulas, y querían inferir por el ceño de éste el destino de los personajes. No bien quedaban solas, con rapidez hojeaban el pliego. Entonces las más espontáneas gritaban por sobre la pared divisoria para que oyese la vecina:

— ¡Se salvó!



Los autores de condición perversa acrecentaban los peligros. Quizás si a esto se deba buena parte de las alteraciones nerviosas que afectan a tantas señoras.

## VII

Frente a la carnicería, un catalán gigantesco tenía una taberna. Preparaba parte de los licores, cocinaba y lavaba su ropa. Solía entregarme cartas para que se las echase al buzón. En el reverso del sobre anotaba sus señas y en vez de Chile, escribía Xile. Así no parecía el nombre de mi país. En recompensa servíame una copita de vino dulce.

Sus parroquianos venían al anochecer. Fuera de atenderles, hablábales con su tono que en nada desmerecía del de los altavoces. Desde media cuadra podía oírsele. En lo que atañe a Cataluña era separatista. En lo concerniente a las demás Españas era republicano. De haber seguido su vocación de orador, su nombre figuraría en la historia de la democracia. Con su voz tan alta, abarcadora y metálica, nunca habría dejado de tener razón.

Luego de clavar en el espíritu de sus clientes la idea de la autonomía, le era grato embestir contra el oscurantismo. A poco hablar entraba en la zona peligrosa, porque caía en la herejía de atribuirlo a la fe católica, partidaria, según él, de que exista una sola verdad para comodidad del mundo. Los peninsulares padecen de cansancio religioso. De ahí que sus agudas saetas las apunten, sin equivocarse, contra su esplendorosa iglesia. Los bebedores quedaban aletargados por el hechizo de su discurso. Ofanle sin chistar, y levantaban sus vasos con exquisito cuidado para no mezclar a su voz otro ruido.

No siempre su impiedad era tolerada. Un grupo de parroquianos le expresó que no podía admitir ataques a sus creencias. El catalán estaba dominado por el verbo y adujo nuevos argumentos, más irreverentes aún. Entonces un hombre tomó la punta del mostrador para castigarlo en su propio recinto. El tabernero poseía una contextura demasiado poderosa, una salud torrencial y, además, no bebía sino para catar, razones todas que lo indujeron a repeler el asedio. Con ciertos botellazos detuvo al agresor, y con puñadas mantuvo distantes a los que intentaron subir al mesón. No obstante un brazo anónimo cayó sobre su ojo izquierdo, dejándole el con-

torno amoratado. El se batía animosamente dando botellazos y esquivando los taburetes que le arrojaban desde fuera, los cuales hacían bajas en su estantería. Combatió en silencio. Al principio lanzaba botellas vacías, mas, cuando tuvo la evidencia de que podía quedar entre dos fuegos, las tomaba al acaso. Nada le importó que fueran de licores finos, de bonitas formas o que contuvieran mixturas que él vendía con cuentagotas. Todas las disparaba decidido contra el montón. Los amantes de la parra fuéronse retirando cuando no tuvieron medios de defensa. Habían lanzado los asientos y volcado las mesas para atrincherarse. Desde la puerta le enderezaron una retahila de insultos. El español bien provisto de proyectiles les persiguió hasta la acera. Unos iban con la cabeza rota, otros amolados del cuerpo.

Al volver abarcó los daños. Barrió los destrozos y lavó el piso. Estuvo en esto un par de horas.

El costo tan alzado de la reyerta moderó su carácter. Contuvo su voz, fué más asequible con sus favorecedores y aceptó no hablárselo todo, considerando que los bebedores necesitaban expansión y dialogar hasta la locura para compensarse de los días de abstinencia y de silencio. Aunque deseaba no verse envuelto en otra dispendiosa trifulca, no aceptó nunca que alguien chillara o diera escándalo; no aceptó tampoco que el bebedor pretendiese dormir en su taberna ni que nadie continuara las libaciones al sonar en el reloj las diez. Con sus brazos poderosos alzaba en vilo al trasgresor y lo abandonaba, no muy blandamente en la calle. A los relapsos, mediante un zamarreo enérgico, los reactivaba y, en la acera, los empujaba por el buen camino.

Se avenía a cualquier conversación, aceptaba incluso que se atacara a Cataluña y que se dejara a Dios en paz. A ratos su vozarrón ganaba altura, pero al instante moderábalo y daba lugar a que sus interlocutores dijese algo.

Cada quincena venían proveedores de vino, en su mayoría catalanes también, a renovar sus barriles. Con ellos sí que hablaba en libertad. Eran visitas mañaneras. El coro solía durar una hora y vibraban los vidrios de las casas vecinas.

Sin bulla, al cabo de algunos años, liquidó la taberna y salió con un par de maletas rumbo a su tierra. Había redondeado una fortunita y quería, a semejanza de otros indios, volver al pueblo de que era oriundo para establecer allí, cerca de la iglesia, una biblioteca.

A la izquierda de mi casa habitaba un pesquis. Era suya una señora alta, bien vestida, de hermosa estampa, y una chiquitina. El era gordísimo. Su vientre impedíale verse los pies, pero esto es probable que no le preocupara.

Sus entradas eran copiosas. Disfrutaba de un sueldo para defender la sociedad de ladrones y malhechores y, mediante una casa de juego que atendía en persona, obtenía utilidades que, de seguro, llenaban su corazón de optimismo.

El manejaba el naípe. En la pieza, espaciosa, no había sino una mesa y las sillas necesarias. De pie, cerca o lejos, grupos de individuos observaban las fases del drama. Los perdedores, luego de agotar su crédito entre los presentes, salían a la acera. En su mayoría eran rateros que ejercían su malabarismo en los tranvías de Independencia. Movíame entre ellos sin temor y asomaba mi nariz en la casa de juego.

Los ladrones de temperamento emprendedor, después de dejar en manos del agente sus hurtos, con aire resuelto partían a Independencia. Otros, mohinos, con las manos sumidas en los bolsillos del pantalón, con andar vacilante, retirábanse a sus albergues camino de Las Hornillas, pensando con desesperación en los agrados que el dinero perdido pudo proporcionarles, jurando que cuanto robasen en lo porvenir sería para ellos solos, que lo usarían con tino en asegurarse un buen pasar y en cumplir otros ideales privados.

Hacia la esquina de Cruz tenía su casa el pintor Manríquez. Como conversaba a menudo con él y le tenía confianza, le pedí me tomara de aprendiz. Accedió. Debía pintar los carretones de la Cervecería Andrés Ebner y comenzó a instruirme. A los pocos días empecé a correr la brocha por los ejes, las ruedas y toda la parte baja. En la primera semana mi cabellera se convirtió en una masa densa, dura y verde. En balde me lavé con aguarrás. Mi ropa adquirió ese mismo color y expelía un olorillo desinfectante.

Tomé el trabajo con pasión y pensé que sería pintor de murallas para siempre. Manríquez era alegre y sarcástico. Con frecuencia me dejaba a comer en su casa. Los sábados pagábame y me invitaba a la cantina. Por fortuna luego de

beber una copa de vino yo sentía repugnancia. El se lo echaba al cuerpo como si fuera miel.

El vino hace a los hombres reversibles. Los más en su personalidad habitual se muestran grises. Apenas ingieren dos vasos adquieren un tono seguro, una espontaneidad que maravilla; otros, que llevan aprensado un resentimiento lo esponjan y lo refriegan ante el compañero; éstos se tornan imaginativos, aquéllos se confiesan y humanizan; no pocos filosofan y pasean su mirada por los problemas. Al fin los abate el sueño, y al despertar se les pone la fisonomía gris. Tan pronto como les entre el aburrimiento de ser como son, buscan en la copa una puerta de escape. Los reflexivos sienten con mayor vehemencia el deseo de libertarse de su ser cotidiano. El hombre es para sí mismo algo obsesionante. Pocos mueren contentos de lo que fueron. Quizás si el beber sea su paliativo menos grave.

Manríquez sentaba a su mesa a cuantos conocía. Al anochechar venía su cónyuge y asentía cortésmente a las aseveraciones de los ebrios. No le importaba permanecer ahí, junto a su marido, en medio del alboroto, pero se inquietaba si uno de los contertulios había traído a su mujer. Tenía a su marido por mujeriego y temía cualquier aproximación. Por fin éste pagaba todo el consumo y partían al hogar.

A los dos meses concluimos de pintar los carretonos. Trabajé entonces en un letrero enorme. Rellenaba las letras que él dibujara. En obras semejantes pasamos casi un año. Con el dinero adquirí cierta independencia. Iba al cinematógrafo. El héroe de entonces era Sánchez que causaba hecatombes por donde pasara. Recuerdo que con un explosivo despedazó a un prójimo cuyos miembros volaron. Al caer, Sánchez los pegó con cola de carpintero y el sujeto se puso a vivir como antes. Parecíame eso maravilloso.

Vino el invierno y el trabajo terminó. Manríquez no imitó jamás a las hormigas. La cesantía reducíale a la pobreza más extrema. Comenzaba por empeñar la ropa y se quedaba con un pantalón tieso de pintura. El busto cubríase con una capita café, otrora de su mujer, adornada con galones de tono más oscuro. Encogido, friolento, sentábase junto a la mesa y leía libros, revistas, diarios viejos, hasta que con la primavera acudían en su busca.

La señora del pintor me mandó a casa de su madre a dejar un paquete. Esta habitaba en el centro, en esas calles sin fisonomía que comienzan en Teatinos y llegan indetermi-

nadas hasta Matucana. La casa era de aspecto importante, con dos patios e innúmeras piezas. A la calle había dos salones con grandes espejos de marcos dorados en los cuales holgaba un sin fin de amorcillos en relieve. Los muebles eran de felpa. Me recibió la anciana con amabilidad, hizome sentar y deshizo el paquete. Tan luego como vió el contenido, gritó:

—¡Niñas, vengan a ver!

El salón se fué llenando de mujeres. Eran doce o más. No se parecían unas a otras. El envoltorio contenía camisas negras de dormir. Las jóvenes se las ajustaron a la altura de los hombros y se miraron en los espejos. Se habló de mil cosas un tanto extrañas. La señora me explicó que eran sus pensionistas. Con los años comprendí, después de interpretar hechos y frases que entonces sólo registró mi memoria, que se trataba de una mancebía. Las camisas negras serviríanles para ostentar una blancura arrebatadora ante sus maridos nocturnos y accidentales.

★

## LIMADURAS

POR SOBRE todas las cosas, lo asombroso es que con cuarenta o sesenta siglos de miedos, de servidumbres y crueldades sin nombre,— de hambrunas, pestes, desnudeces, cilicios, guerras y San Bartolomé,— de Bastillas, Santoficios, Gestapos, Gepeúes,— de fetiches, magos, lazaretos, ghettos, confesionarios,— de dogmas, coerciones, presiones, fantasmas y amenazas tenebrosas y mandamientos carcelarios: de toda clase de inquisiciones y gendermerías para su cuerpo y su conciencia,— lo asombroso es que el hombre haya podido sobrevivir a todo eso sin volverse loco o cretino del todo.

2

La falta de todo respeto y el respeto ciego son cosas de la chusma.

3

¿Por qué hemos de comenzar imaginando al hombre un ángel aliqubrado? ¿Por qué no imaginarlo, mejor, como lo que es: un hijo de la geología y la zoología que viene luchando a brazo partido con la bestialidad, no siempre victorioso, es claro, pero llevando la mejor parte, pese a todo? Entonces, en vez de lamentarnos farisaicamente de que haya tanta brutalidad y mezquindad en el hombre, nos asombraremos dichosamente de que no sean demasiado escasos, ni mucho menos, sus pruebas de inteligencia iluminadora, de bondad casi angélica, de coraje casi arcangélico.

4

Sin el sentido y la veneración de la dignidad humana en si propio y en los demás — y una cosa implica la otra — ¿cómo se puede aspirar a ser verdaderamente un hombre?

5

No puede mezquinarse el elogio a la actividad externa del hombre, esa que ha inventado las herramientas y las máquinas y ha colonizado y transformado el mundo y de rebote ha modificado al hombre. Sólo que ella — *incipit tragedia* — puede coexistir perfectamente con la inercia y pereza de espíritu más pantanosas. El hombre que practica tres o cuatro deportes, pilotea un avión, domina la taquigrafía, trabaja diez o doce horas diarias, y, por ende, puede sonreír compasivo del tortuguismo del prójimo, suele tener concepciones mentales y morales o gustos estéticos, de varios siglos y aún milenios atrás, ello es, en puro estado fósil.

6

El grado de libertad de un espíritu se mide por la capacidad de aceptar la de los otros.

7

Totalmente significativo es el hecho de que los caudillos religiosos o políticos se hayan sentido siempre como pastores de hombres — Jesús, el «buen pastor» de los Evangelios, los príncipes de Homero, «pastores de pueblos», etc.— y a los pueblos u hombres como reses, como grey, como meros pasivos e imbéciles rebaños. Que los pueblos dejarán un día de ser bestias de carga o tiro o reses de cureña, que cada alma puede y debe valerse a sí misma, que cada individuo tiene como deber sagrado el de potenciar aquello que lo vuelve único, — eso no fué ni remotamente sospechado antes, ni se comprende claramente todavía.

8

Algún día el desprecio que hoy cae sobre el lacayo, alcanzará con mayor razón al pobre hombre que precisa de lacayos para convencerse de que realmente está por encima de los otros.

9

El *vanitas vanitatum* no es del Eclesiastés únicamente: es la suprema sabiduría de casi toda el alma antigua, — con

excepción de los griegos, o, mejor, de Demócrito y de Epicuro y los suyos, — intimidada hasta el extravío por el espectáculo de la fugacidad de las cosas, del incontenible sucederse y cambiar de las formas de la existencia. Sin duda entre los modernos nadie ha logrado asumir y destilar lo mejor de la sabiduría griega como el padre de *Fausto*, para demostrar no sólo lo falso de la famosa sentencia sino lo «blasfematorio» de su sentido, justamente por su seguridad de expresar una «sabiduría irrefutable». Se precisaba un alma tan abonada de conocimientos y experiencias inmemoriales y modernos y tan juvenil como la de *Fausto*, se precisaba un alma faústica, para intuir las necesidades y leyes de lo permanente según aprehensiones «que no sean abolidas sino más bien confirmadas por la contemplación de lo efímero».

10

El haber bifurcado el amor en dos sendas opuestas — el apetito y el sentimiento — constituye talvez el más dañino ensayo de las civilizaciones. Sólo puede consolarnos la seguridad de que al confluír de nuevo un día, sus segundas nupcias resultarán infinitamente enriquecidas.

11

La libertad se llama también: jubilación del miedo.

12

Todos quieren ser martillo y nadie quiere ser yunque. Pero quien es capaz de ser ambas cosas dentro de sí mismo, se resiste a serlas del mundo.

13

La historia ha sido siempre una sirena para los historiadores. Mas lo que importa, en definitiva, es digerir bien el pasado, de modo que, en vez de estorbarnos o demorarnos el porvenir, auspicio y apresure su llegada, educándonos para ella.

★

## UN EXPERTO EN ARQUITECTURA EGIPCIA

— TÚ SABES — me decía el colombiano cuando lo fui a despedir a una estación de Filadelfia — tú sabes que yo no me siento un conquistador de mujeres. Por el contrario, cuando me veo en el espejo creo que pienso las peores cosas de mí. Incluso a veces, en días depresivos, hasta prefiero los riesgos de afeitarme de memoria...

— ¿Puedes hacerlo?

— Claro que puedo. Pero déjame contarte esto. Me interesa que lo sepas. Ahora. No sé por qué ahora... Creo que nunca lo contaría a nadie en otra oportunidad...

Talvez deba explicar que hay una diferencia de hora entre la que se usa en la ciudad y la hora standard del Este usada por los ferrocarriles, de modo que suele uno no saber a veces el verdadero momento de salida de los trenes. Por eso estábamos ahora con el colombiano, dando vueltas en el interior del extenso hall de la estación, tratando de consumir unos minutos de diferencia imprevista.

— ...Lo cierto es que la muchacha — prosiguió — cada vez que pasaba a mi lado, no sólo me sonreía, sino que a veces me decía *hello!* con una voz que creo que nunca había oído antes en mi vida. Cuando desde su escritorio me miraba a veces, yo no podía convencerme de que fuese a mí. Sin embargo, estaba seguro de que detrás de mí sólo estaban los estantes llenos de libros. Pero me volvía a mirarlos, incrédulo, y ella entonces sonreía.

¿Pero es verdad que no te has fijado en ella? No hará más de unos diez días que llegó a trabajar en la biblioteca de la escuela, parece que como ayudante de Miss Bennett. Talvez sea sólo por el período de verano. Talvez siga algunos cursos en la misma escuela. Yo no sé nada acerca de ella. No sé ni su nombre. ¿Y por qué, dime tú, por qué había de aparecerse durante mis últimos diez días en Filadelfia? ¿Por qué?

Parece que el colombiano esperaba seriamente que le explicase este por qué, y me quedó mirando con el rostro afli-

gido, el entrecejo apretado. Pensé que sería mejor dejarle la oportunidad de que se respondiese él mismo, pero no lo hizo. Y pudimos así dar una vuelta casi completa al *hall* en silencio.

— «El primer día que la ví, ella venía llegando a la biblioteca. Yo me quedé sosteniendo la puerta de entrada, esperando que ella pasara. Y talvez esperé demasiado. Quiero decir que el espacio que a ella le faltaba por recorrer para llegar a la puerta era talvez un poco más largo del necesario para justificar mi actitud. Para justificar el haberme quedado allí, sosteniendo la puerta. Y me dió por eso las gracias especialmente reconocida de mi atención. Es posible que esto sea la causa de todo. Pero yo me digo a veces que ella es... tan bonita, que debe estar acostumbrada a cosas así y a recibir toda clase de homenajes. Sin embargo, los días siguientes, aunque estuviese ocupada atendiendo a alguien, me saludaba cuando me veía entrar con una sonrisa especial, como si fuésemos amigos.

«Ella trabaja en el escritorio del centro, adelante de miss Bennett. El único sitio en que yo podía sentarme y estarla viendo con comodidad, correspondía a los estantes dedicados a la arquitectura egipcia. De modo que no tuve más remedio que comenzar a consultar libros sobre esta materia. Comencé por leerme una interesante descripción de las excavaciones de Deir el Bahri, hechas recientemente. Después seguí con un libro de Baldwin Smith, con otro de Hoyningen-Huene y varios otros. La muchacha llega cuando se abre la biblioteca, en la mañana, a las 9, y sale a almorzar a las 12. Vuelve luego a las 2 de la tarde y trabaja allí hasta las 5. Te parecerá tonto si te digo que pasé todos mis últimos días en Filadelfia allí en ese sitio, a las horas indicadas, sólo por tener en frente de mí a la muchacha. Por poderla ver en cualquier momento, desde unos siete metros de distancia...

— Y a causa de un encargo — dije — de la Universidad Nacional de Bogotá...

Recordé ahora, en efecto, que me había extrañado ver al colombiano varias veces leyendo en ese sitio y le pregunté una mañana que qué le ocurría con la arquitectura egipcia.

— Tengo que hacer un informe... — me dijo —. Un maldito encargo de la Universidad Nacional...

— ¡Qué encargo ni qué Universidad! — prosiguió ahora —. No sé por qué te dije eso. Sin duda no estaba de humor esa mañana para contarte. Talvez me parecía ridículo y temía

que te pareciera a tí ridículo. Sin duda porque ese día no sabía aún como terminaría todo el asunto, ni yo mismo había pensado en ello. Lo cierto es que podía estar allí cerca de ella, al alcance de... no sé... no sé qué fluído que emitían sus ojos azules, su sonrisa, su pelo largo sobre los hombros... Ella tenía a veces que consultar el registro que queda al lado sur de la sala y debía entonces pasar al frente de mí, dos veces, a la ida y a la vuelta. Caminaba sin hacer ruido y, cuando yo la miraba, nunca dejó de hacerme un gesto amistoso o sonreír. En el primero de estos viajes de cada sesión, o simplemente si había transcurrido mucho tiempo desde el último, era cuando me decía *hello!*. Con esa voz que creo que yo nunca había oído antes.

Era agradable contemplar una por una las fotografías del libro de Hoyningen-Huene, que son fotografías muy buenas, magníficas, y mirar en seguida a la muchacha. Es, créeme, como si hubiese algo de común entre la fascinación misteriosa de esa arquitectura y la fascinación que para mí emana de su persona. Estuve absorto horas y horas en esta contemplación mutua, en esta especie de comprobación, o más bien de búsqueda de la esencia del enigma. Cada vez que me cansaba de leer otros libros volví a repasar de nuevo estas fotografías, lentamente, a través de la muchacha que tenía en frente de mí. Y creo que no exagero si te aseguro ahora que, cualquiera que sea el tiempo que transcurra, cada vez que vea este libro de nuevo o cualquiera otra reproducción del arte egipcio, tendrá para mí parte del encanto de esta muchacha. Como si en cada fotografía hubiese algo de sus ojos, de su sonrisa, de... de su pelo largo sobre los hombros...

Después de una pausa, mi compañero comenzó a olvidar el tono confidencial del comienzo y, poco a poco, alzando la voz, llegó a un tono tan afectado como quien diserta en una tribuna.

— «Por lo demás, creo que siempre me gustó más la arquitectura egipcia que cualquiera otra arquitectura de la antigüedad. Me gustó la simplicidad impresionante de su escultura, de sus faraones sentados con las manos en las rodillas. Yo no sé por qué se da sin discusión a la arquitectura griega una primacía sobre las otras. No sé realmente por qué. Hay que ver algunos edificios recientemente excavados, con líneas tan puras como... como sólo podríamos desear ahora. Sin haberlo logrado. ¿No te parece que tengo razón? Dime qué te parece... qué te parece...

— A mí me gusta mucho la arquitectura egipcia...

— Porque debe uno comprender ¿verdad? para sentirla, que ellos llegaron a un simbolismo, a una simplificación intencionada, a través de un largo camino de purificación. ¡Tiene que partirse de ahí! Siempre se nos enseña la parte sorprendente de ella, se nos enseña la majadería de que cómo transportaban las piedras, de la exacta orientación de la pirámide tal o cual, del agujero que da a la estrella polar, y qué se yo. Pero se nos dice muy poco o nada de que el faraón sentado en forma rígida, el faraón con las manos extendidas sobre los muslos, que acusa al profano una especie de incapacidad escultórica, una especie de infantilismo, responde a un sutil, a un acabado sentido de dignidad, a que no llegaron nunca los griegos ¡Nunca!... Sí; se trata de eso. De una simplificación intencionada, de una purificación. Piensa que tiene que haberse recurrido a los mejores escultores de la época, en una época en que otros escultores considerados de segundo orden eran capaces de copiar la realidad en forma admirable. Pero copiar la realidad por cierto no les interesaba, puesto que habían superado con mucho esa etapa. Mira tú el conjunto de cada uno de sus templos, no los detalles, sino el conjunto, la limpieza de sus líneas. Mírales con cariño, como yo. Se diría una geometría con la temperatura humana, una geometría, como quien dice, calentada con el hálito de la vida. Un arte del que emana no sé qué fluído misterioso, que encanta al que...

— ¿Me decías que nunca le hablaste?

— ¿A quién?

— A la muchacha.

— Ah! Bueno... la muchacha... La verdad es que varias veces pensé hacerlo. Pensé diversas formas de hacerlo. Pero... bueno, pensé también tantas otras cosas. Tú sabes como en casos así se echa a volar la imaginación... Sin embargo no lo hice, por varias razones. El segundo día que asistí a la biblioteca, ella vino cerca de mí con el propósito de cambiar de sitio unos libros enormes, que quedaban fuera de su alcance. Cuando se aprontaba a subir a una silla, le ofrecí mi ayuda, que aceptó con agrado. Se extrañó un poco cuando descubrió por mi acento que yo era extranjero, pero parece que ello no le desagradó. Talvez al contrario. Estoy casi seguro de que pensaba decirme algo, talvez hacerme algunas preguntas, pero sólo se refirió a que los libros estaban muy polvorientos y a que cuidara de no ensuciar mi ropa. Esa era sin duda una buena ocasión para hablarle, pero estuve todo

el rato pensando en cómo podría saber si ella en realidad había necesitado mover esos libros. Parece que durante años nadie había reparado en ellos. Además, en la biblioteca no se puede conversar y sobre todo, ocurre que yo tuve siempre presente la maldita fecha de hoy, en que tenía que irme de Filadelfia. ¿Por qué tenía que ocurrir esto precisamente en estos días, dime tú, en estos últimos diez días? ¿Por qué?

Yo bajé la cabeza, para indicar al colombiano que no tenía intención alguna de responder a esa pregunta. Y temiéndolo un silencio como el anterior, resolví que si se prolongaba hasta que pasásemos frente al puesto de diarios, yo diría cualquier cosa. Pero él habló mucho antes.

— «Desde luego que habría podido iniciar una amistad, que podría haberse continuado después epistolarmente. Pero ¿para qué? Yo creo que es mejor así. Mi imaginación fraguó muchas cosas, algunas estupendas... Pero creo que es mejor así. Que quede sólo en el recuerdo, tal como era hasta allí. Que queden... sus ojos y su sonrisa... Por lo demás, la oportunidad nunca se pierde definitivamente. Yo puedo en cualquier momento averiguar su nombre o escribirle por intermedio de miss Bennett. Es perfectamente posible ¿verdad? En cualquier momento...

Caminamos un rato más por el extenso *hall* de la estación, mirando cómo un muchacho rubio se desgañitaba ofreciendo el *Philadelphia Inquirer*.

—... En cualquier momento..., dijo todavía el colombiano.

Talvez por no tener que decir algo frente a esto y porque nos acercábamos a la hora de la salida del tren, comenzamos a hablar de otras cosas y a llevar las maletas al andén. Dejé a mi compañero instalado en su asiento, nos despedimos, y esperé hasta que el tren abandonó la estación.

Me quedé allí, como a cualquiera le puede suceder, oyendo todavía el discurso del colombiano sobre arquitectura egipcia en una de las estaciones de Filadelfia, sin saber todavía la fecha en que me correspondería a mi vez abandonar esta ciudad.

Chicago, Septiembre de 1946.

## LOS ALEMANES DEL 70 EN CHILE

1. La composición social de la segunda emigración alemana en Chile después de la del 48, que analizamos en el número anterior, es muy diferente de la primera. Es heterogénea. Los colonos proceden casi todos de Berlín. Al lado del «elegante empleado de comercio se veía el sencillo artesano, el humilde campesino y el simple trabajador de fábrica.» ¿Qué había pasado entretanto en Alemania? Bismarck había vencido en el interior sobre los despojos del inepto parlamento de Frankfurt. Consolidaba su poder con la victoria sobre Francia, que unificó a Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Este proceso, unido a la indemnización de guerra impuesta a la Francia derrotada, permitió la desmonetización de la plata y la implantación del patrón oro en 1873, dió un vigoroso impulso al comercio internacional y fomentó el desarrollo de las industrias metalúrgicas en vasta escala. Al mismo tiempo permitía la exportación de capitales para la explotación del nuevo mundo colonial, que Alemania incorporaba a su nuevo imperio en rivalidad con las potencias que le habían ganado la delantera, como asimismo de los países atrasados de la América latina.

A esta unificación material y política sucedió la unificación y nivelación de los espíritus, facilitada por la embriaguez del triunfo, el prestigio de una dinastía victoriosa, y la educación oficial, con su culto sistemático del nacionalismo.

No debe sorprendernos, por lo tanto, la presencia del elegante empleado de comercio, producto de un capitalismo pujante, ni la del humilde obrero de fábrica, elemento depauperado de la artesanía y de los campos, atraído a la industria fabril de las grandes ciudades por el espejismo de mejor salario. Ni pueden sorprendernos tampoco el aspecto y composición de los nuevos emigrantes. El 22 de Marzo de 1884, «es decir el mismo día del natalicio de nuestro anciano Emperador Guillermo — relata el cronista — pusimos, en Talcahuano, pie en tierra chilena. El Intendente (de Concepción) y sus empleados superiores inspeccionaron a los recién llegados y no cabe duda que éstos dejaron grata impresión en los visitantes,

tanto por sus aseadas ropas como por su postura marcial que revelaba a los antiguos soldados. Efectivamente, muchos de ellos contaban con dos y hasta tres campañas.»

2. Esta segunda emigración, que se estableció en Contulmo, no tuvo al principio un éxito comparable con la primera. La composición heterogénea; la presencia de personas que ignoraban hasta los rudimentos de los oficios más sencillos y de las faenas agrícolas, originaron disensiones entre los colonos. Hubo elementos que se dieron al desorden y al despilfarro. La estabilidad y hasta la existencia misma de la nueva colonia estuvieron en serio peligro. Las cosas no mejoraron sino con la eliminación paulatina de los inadaptados, que buscaron por su cuenta y riesgo nuevos horizontes. Por último, allanadas todas estas dificultades, la colonia prosperó y es hoy un ejemplo admirable de laboriosidad. Ha querido la ironía de la historia que los disciplinados ciudadanos de un Estado militar, producto de tres victorias sucesivas, carecieran de la homogeneidad tan necesaria para una empresa de colonización y de las personalidades relevantes que caracterizan a la emigración del 48.

3. Es digno de anotar el hecho siguiente, según mi propia observación. Uno de los matrimonios más respetados, sin hijos, adoptó una chica de pura cepa araucana. La muchacha creció, se unió con el hijo de otro matrimonio, alemán como el primero, y ha formado una hermosa familia. Recibe a los visitantes con la sencilla obsequiosidad hospitalaria propia de los colonos, habla un alemán perfecto y se desempeña como una competentísima *Hausfrau* o dueña de casa. Sus rasgos apenas delatan su origen racial. Es un testimonio vivo y elocuente de la aptitud de la sociedad para modificar el tipo biológico. Por lo demás, la primera emigración, la del 48, aunque sin conciliar extremos tan opuestos como el de la familia que nos ocupa, realizó en vastísima escala un experimento semejante. Estos ejemplos son la refutación tangible y fehaciente de las doctrinas contrarias al mestizaje que la patria de los emigrados del 48 debía propagar más tarde, fundada en la meta-biología de sus bárbaros *Rassenhygieniker* o higienistas raciales.

4. La incorporación de los primeros emigrantes a la sociedad chilena se realizó espontáneamente. Fué un reactivo que se

fundió en el crisol de la nacionalidad sin producir perturbación alguna. No podía ser de otra manera tratándose de colonos que rompían con su país de origen, cuyo régimen social y político repudiaban, para encontrar otro más acogedor, moldeado en los principios republicanos y democráticos. La asimilación fué tan perfecta que llegó en algunos casos al extremo de una absorción lisa y llana. Por ejemplo, durante la colonización de Valdivia y Llanquihue, más o menos veinte familias fundaron la colonia de *Human*, cerca de la ciudad de Los Angeles. En íntimo contacto con los habitantes netamente chilenos de aquel lugar, «y sin una escuela alemana que con el idioma mantuviese el espíritu patrio, la colonia fué casi absorbida en pocos decenios por el pueblo chileno».<sup>2</sup>

5. A partir de la segunda emigración comienzan a revelarse las preocupaciones de algunos colonos por esta asimilación tan favorable para la consolidación y desarrollo de la sociedad chilena. El Gobierno de Alemania toma cartas en el asunto y propicia la creación de la *Asociación General Alemana de Educación para la Conservación del Germanismo en el Extranjero*. A ella se dirigen los colonos de Contulmo en 1891 por intermedio del Dr. Carlos Martín, de Puerto Montt, con el fin de contratar un profesor alemán para su escuela recién fundada. Los maestros designados por aquel organismo eran los indicados para mantener el «espíritu patrio» y evitar la degradante incorporación a la nueva nacionalidad. El nacionalismo alemán, vigorizado por el conjunto de circunstancias históricas esbozadas anteriormente, inventó el mito de la superioridad racial y, como corolario, toda suerte de misiones providenciales de los pueblos de «raza» germánica. Este movimiento llegó a su apogeo con el nacismo; pero síntomas precursores fueron la Asociación referida y, en vísperas de la primera guerra mundial, la ley Delbrück, que permitía a los alemanes naturalizados en países extranjeros conservar su propia nacionalidad. Se creaba con ello el tipo del ciudadano bipátrida, siempre dispuesto a servir al Estado de origen, aun a expensas de la pseudopatria de adopción.

6. La posición de gran potencia que Alemania adquirió después del año 70, apunta Hoerll, permitió «a los buques de guerra alemanes hacerse protectores de los intereses chilenos, como sucedió realmente en la guerra del Pacífico y en Valparaíso durante la Revolución del 91.....» (L. al. en Ch., p.



54). Esta opinión nos lleva de la mano a examinar el papel que Alemania desempeñó en esta cruenta guerra civil.

El instrumento providencial para el ejército que los opositores organizaban en Iquique fué el capitán prusiano de artillería Emilio Körner. Este militar llegó en 1885 a Chile contratado por el Gobierno. En 1886 era sub-director de la Escuela Militar, y en 1887 fundaba la Academia de Guerra, de la cual fué uno de sus profesores. Al estallar la revolución del 91 con el levantamiento de la escuadra, se mantuvo inactivo por algún tiempo. La Escuela Militar y la Academia de Guerra cerraron sus puertas. El 5 de Mayo se embarcaba secretamente en el vapor alemán *Heródoto* hacia el norte, y el 12 del mismo mes llegaba a Iquique para ponerse de inmediato a las órdenes de la Junta de Gobierno.<sup>3</sup>

7. Señalemos algunas fechas de referencia. El levantamiento de la escuadra se produjo el 7 de Enero de 1891. Después del efímero éxito de las tropas gobiernistas en Huara el 17 de Febrero y del fracaso de la ocupación de Iquique por el coronel Soto, queda este puerto en poder definitivo de los opositores a partir del 20 de Febrero. Estos consiguen una victoria decisiva el 7 de Marzo en Pozo Almonte contra el ejército del coronel Robles. Este valiente jefe, «bravo entre los bravos», tan buen militar como mal estratega, con dos heridas, una en el tobillo, de la que se extrajo una bala, y otra de gravedad cerca de los riñones, fué asesinado en su lecho de sangre por la soldadesca «constitucional» y mutilado con tal desenfreno hasta quedar inconsciente. Con esta derrota perdía Balmaceda el control sobre la provincia de Tarapacá. Los restos dispersos de la división Robles atravesaron de sur a norte la pampa del Tamarugal y llegaron a Arica el 20 de Marzo, donde se reunieron al grueso de la división del coronel Arrate. Este fuerza, poco numerosa, mal equipada y desprovista de municiones, es incapaz de oponerse al desembarco de los opositores y se retira a Tacna. El 7 de Abril penetra en territorio peruano, entrega su armento y es internada en Arequipa.

El 19 de Marzo cae Antofagasta sin lucha en poder de los opositores. Su escasa guarnición se retira al interior y se reúne al grueso de la división del coronel Camus que Balmaceda había enviado desde Antofagasta al norte en auxilio de Robles. Cogida entre las fuerzas opositoras de Antofagasta y las que avanzaban desde el norte después de su victoria en Pozo Almonte, no le quedó a la división Camus otro recurso que

seguir en dirección a Bolivia. El 31 de Marzo llegan los 2500 hombres de Camus a Ollagüe, son desarmados en Pulacayo por las autoridades bolivianas, y emprenden la marcha memorable desde Uyuni a Mendoza. Atraviesan la cordillera de los Andes y llegan a Santiago el 17 de Mayo después de haber recorrido más de cuatro mil kilómetros.

La campaña del norte, decidida en tres meses desde la fecha del levantamiento, puso fuera de combate cinco mil hombres. Dejó en poder de los opositores la mayor fuente de entradas del país, el salitre. La Junta de Iquique tenía cómo garantizar ahora los créditos que los banqueros ingleses habían otorgado generosamente a sus delegados, Augusto Matte y Agustín Ross, para adquirir el armamento, las municiones y organizar el ejército revolucionario.<sup>4</sup> Esta circunstancia y la enorme superioridad del poderío naval de los opositores debían asegurar su victoria en breve plazo.

8. Se ha dicho que la resolución de Körner, tomada en momentos en que aún no se preveía el desenlace, era un acto desinteresado y meritorio. Basta confrontar fechas para reducir esta piadosa leyenda a sus justas proporciones. Se ha dicho y repetido también, que Körner se plegó a los congresistas porque una parte seleccionada de la oficialidad, la que estaba inspirada en las nuevas doctrinas, se había plegado a la revolución. «Reconoció en el acto», dice uno de sus biógrafos, la posibilidad de que el resultado de la guerra creara una situación que permitiera seguir con mayores facilidades la reforma del Ejército. Por esta razón ingresó en las huestes revolucionarias, no por ideas políticas, sino por el deseo de abrir nuevos horizontes a la carrera de las armas y de ponerse al frente de los que habían sido sus alumnos, como él lo afirmó posteriormente.»<sup>5</sup>

Esta explicación de tipo psicológico es insuficiente para juzgar el caso, a menos de considerar a Körner como un simple aventurero irresponsable. La verdad es que Körner debía soportar una doble presión: por su matrimonio, que lo emparentaba con personas vinculadas a los intereses salitreros, amenazados en su expansión absorbente y monopolista por los propósitos de Balmaceda, y por su calidad de militar de carrera prusiano, alejado sólo temporalmente del servicio de su patria. El interés mezquino y subalterno de la joven industria salitrera de los Fölsch y Martin, Gildemeister, Sloman, se conjugaba con la puja imperialista del nuevo Estado alemán. Este necesitaba una cuota creciente de salitre, como abono a

objeto de reducir su dependencia alimenticia del extranjero, y como materia prima para intensificar la industria de los explosivos.

La expansión avasalladora de su comercio exterior y de su flota mercante; sus aventuras coloniales, en Africa principalmente, despertaban los recelos de las viejas potencias. Estas le habían ganado la delantera en el reparto del rico botín que ofrecía el continente negro a la rapacidad del capitalismo europeo. Además, había que contar con el deseo de un desquite por parte de Francia, la vencida del 70. Armarse hasta los dientes y acomodar su industria a las exigencias de la guerra que despuntaba en el horizonte mundial era, pues, una necesidad ineludible.

9. Pero había un punto débil en la estructura económica externa de Alemania, que la dejaba en situación de manifiesta inferioridad frente a Inglaterra. Poseía solo un 5% apenas de los terrenos salitrales en explotación, mientras que esta última poseía más del 50%, y compañías inglesas eran propietarias, además, de todos los ferrocarriles salitreros de Tarapacá, Antofagasta y Taltal. Así las cosas, el Presidente Balmaceda proclama su propósito de nacionalizar estos ferrocarriles y, en un futuro próximo, de reservar para una industria netamente nacional todos los campos salitrales no adjudicados aún.<sup>6</sup> De haber logrado Balmaceda estos propósitos, secundado por los espíritus más ilustres y previsores de su época, en particular del eminente hombre público don Luis Aldunate, la inferioridad temporal de Alemania se tornaba en permanente, por lo menos hasta que el ingenio de sus químicos industriales lograra la síntesis de los compuestos nitrogenados fundamentales en forma económica, posibilidad que no se entreveía entonces.

Puede colegirse de lo anterior que la posición de Alemania debía ser favorable a los congresistas y constitucionales, otra ironía de la historia. En efecto, su ministro en Santiago, *Freiherr* (barón) von Gutschmid, fué el centro de las intrigas diplomáticas contra Balmaceda. A raíz del levantamiento de la escuadra, enviaba a su Gobierno, con fecha 29 de Enero de 1891, un informe confidencial, del que traducimos un párrafo asaz revelador:<sup>7</sup>

«Al partido congresista pertenecen los grandes banqueros, la mayoría de los propietarios de minas y grandes terratenientes, en general, las actuales clases dominantes del país. De ser vencidas, quedarían arruinadas, verían confiscadas sus pro-

piedades y, en general, se produciría un trastorno de todas las relaciones de propiedad (*eine Umwälzung aller Besitzverhältnisse*), con todas las consecuencias que de ello se derivarían. Si triunfa el Gobierno, entonces deberá encarar Chile un imperio del populacho (*Pöbelherrschaft*) acaudillado por un dictador. Por el contrario, si surge victoriosa del conflicto la oligarquía (el partido congresista) que gobierna con ciertas restricciones, entonces recibirá Chile una constitución oligárquico-parlamentaria.»

10. La teoría psicológica del caso Körner invocada por sus interesados panegiristas tropieza con otra dificultad, fuera de la objeción fundamental materialista, que niega el carácter determinante de las reacciones de mero tipo personal y las considera como simples eslabones entre un antecedente, complejo de condiciones materiales de producción y fuerzas sociales, y un hecho social consecuente, con su complejo respectivo. Psicológicamente, Körner estaba preparado para reaccionar en el sentido contrario al que tomó. Se había formado en el ejército más estrictamente disciplinado del mundo, imbuído en el respeto por una dinastía cuyo representante se consideraba investido del poder por la gracia de Dios — *von Gottes Gnaden*. Se había educado en el desprecio del parlamentarismo y de la democracia liberal, que Bismarck mantenía a raya con su talento político. El canciller de Hierro era el ídolo de la oficialidad prusiana, a la que su maquiavelismo le brindó la oportunidad y los medios de alcanzar una victoria resonante contra los franceses. ¿Es concebible que una mera simpatía por sus discípulos y la posibilidad de una situación favorable para modernizar el ejército «a la prusiana», que por lo demás ya tenía un principio promisorio de realización bajo Balmaceda, pudiera servir de contrapeso a todo el pasado social de Körner, de no mediar la presión de poderosos intereses materiales internos y externos? Plantear el problema es resolverlo, y exime al historiador de toda obligación de hurgar más a fondo en la intimidad de las acciones humanas, pese a los rumores concretos de venalidad que hicieron circular los propios compatriotas del afortunado militar. Sólo interesa proyectar luz sobre la relación de causa a efecto entre determinados hechos sociales y otros que se presentan como consecuencias inevitables. El modo operatorio, la forma política en que se establece la relación, el eslabón ideológico intermedio, podrán interesar a los autores de biografías noveladas y a los psicólogos. Para una ciencia

histórica sería no presentan sino una importancia subalterna, y mucho menos la tienen los móviles personales, salvo el caso de que con ayuda de tales pseudo-explicaciones se pretenda sobrestimar o falsear el papel de ciertas personalidades en los acontecimientos o tender un velo de ilusiones para encubrir los factores reales.

11. A distancia y con el instrumento de un criterio realista, puede apreciarse mejor el contenido social de la revolución del 91. Podemos comprender también por qué no tuvieron más resonancia los testimonios de algunos espectadores de los sucesos de aquella época. (Véase nuestra observación sobre el ilusionismo social en el artículo precitado.) Al testimonio de Gutschmid, candoroso en su veraz enumeración de las clases responsables del levantamiento, podemos agregar el de Hervey, el integérrimo corresponsal del *Times*, destituido por la dirección del poderoso periódico londinense porque no se prestó a desfigurar los hechos al sabor de los intereses de la camarilla salitrera. Por intermedio del mismo corresponsal conocemos también la opinión de otros testigos, cuya objetividad no puede merecernos reparos, tan ajenos como eran a los intereses y al teje-maneje de los actores principales del drama que se desarrollaba ante sus ojos.

El corresponsal visita en Valparaíso el crucero británico *Warspite* y conversa con el contralmirante Hotham y su oficialidad, que simpatizaban con los revolucionarios. «Al preguntarles en qué razones basaban sus simpatías, la única explicación que dieron fué la de que muchos oficiales de la flota rebelde se habían formado en la marina británica y que, por lo tanto, se habían establecido ciertos sentimientos amistosos entre los servicios navales británicos y chilenos.»<sup>8</sup> Otra manifestación de simpatía por los discípulos similar a la de Körner por sus cadetes de la Escuela Militar. Después sube Hervey a bordo del *Baltimore*, buque insignia de la escuadra yanqui: «Todos, de capitán a paje, consideraban las supuestas causas de la revolución como pretextos fútiles y creían que todo el asunto había sido manipulado (*worked up*) por agitadores en beneficio (*on behalf*) de los sindicatos salitreros europeos.» Contra esa clase de agitadores y sindicatos no hay nunca leyes extraordinarias ni relegaciones.

12. La colonia alemana residente en Valparaíso y Santiago, compuesta en su mayor parte de comerciantes vinculados a la

industria salitrera o al comercio de exportación de Alemania, gente de la nueva generación posterior al 70, simpatizó con la causa congresista y con el gesto de Körner; pero hubo excepciones notables. Desde luego, no lo acompañaron los dos instructores militares contratados por el Gobierno de Balmaceda, el capitán Hugo Januskowski y el coronel Gustavo Betzold. El primero llegó a Chile un año después del general Körner, y como éste había sido también capitán del ejército alemán y había tomado parte en las guerras de 1866 contra Austria y de 1870-71 contra Francia. El segundo era un distinguido oficial de ingenieros, de cultura humanista y estudios universitarios, y era ya mayor en el ejército prusiano en 1889, año de su contratación. Fué profesor de fortificación en la Academia de Guerra y director de fortificaciones hasta muy poco antes de su fallecimiento.<sup>9</sup>

Entre los intelectuales alemanes se distinguió por su adhesión moral a la causa de Balmaceda el doctor don Federico Johow, profesor de ciencias naturales en el Instituto Pedagógico, botánico notable, que por largos años profesó también en nuestra Escuela de Medicina. Su independencia de criterio le creó situaciones personales molestas, que por poco lo arrastran a un duelo, y fué alejado temporalmente de sus funciones por la dictadura revolucionaria.

La minoría de alemanes republicanos de tendencias democráticas fué adversa en general al partido congresista y, en particular, a la conducta del general Körner. Por desgracia, eran pocos los sobrevivientes de la primera emigración y estaban concentrados en el sur lejano. En cuanto a los miembros de la colonia residentes en el centro que tampoco simpatizaban con el general, su calidad de ciudadanos de reciente data o de extranjeros no naturalizados aún, los hacía especialmente vulnerables a las persecuciones y venganzas de los triunfadores. Por lo tanto, se limitaron a propalar *sotto voce* los rumores y hasta cargos concretos a que aludimos anteriormente.

13. No paró en esta primera intromisión el general Körner, el más conspicuo representante de aquel sector de la segunda emigración que con más propiedad puede llamarse la del setenta. Aprovechó el prestigio conquistado por su adhesión a la causa congresista para obtener se contrataran numerosos instructores en todas las especialidades del arte militar. Llegaron por oleadas sucesivas, en Julio y Agosto de 1895, en Octubre del mismo año, y de 1908 adelante. Venían atraídos por la

perspectiva de una carrera más rápida y de mejor situación económica. Las únicas sombras en el horizonte risueño de sus ambiciones eran... las chinches y las pulgas. «Habrà que contar con esa posibilidad, decía gravemente un articulista del *Militär - Wochenblatt* en el N.º 57 de 1895; pero algunos kilogramos de polvos contra insectos no debieran faltar en el equipo de viaje de los oficiales que van a Chile.»<sup>10</sup>

14. La última intervención del ilustre general en los asuntos de Chile tuvo por resultado la introducción del servicio militar obligatorio, que los poderes públicos aprobaron en 1900 después de una larga campaña propiciada por él, favorecida por el desacuerdo chileno-argentino de 1898. La nueva institución, destinada por sus modalidades a desterrar el viejo y peligroso concepto de milicia o guardia nacional, era el instrumento adecuado para consolidar el poder del régimen «oligárquico-parlamentario» que surgió en 1891, conforme a las previsiones y deseos del agorero ministro alemán Barón von Gutschmid.

El régimen ha seguido acentuando este carácter en el curso de los años y sólo ha modificado ligeramente su estructura orgánica mediante la incorporación de un nuevo partido político; pero no tentó a los nuevos oligarcas liberticidas la visión idealista de su misión, que tan candorosamente proclamaba Valentín Letelier cuando escribía: «De aquí viene la necesidad de que los partidos radicales no olviden nunca que en la vida de los pueblos deben actuar como fuerzas sociales de propaganda, más bien que como fuerzas políticas de gobierno.»<sup>11</sup>



<sup>1</sup> A. Meyer: Los alemanes en Chile, p. 72. <sup>2</sup> A. Hoerll: L. al. en Ch., p. 40. <sup>3</sup> Hugo Kunz: Der Bürgerkrieg in Chile (La guerra civil en Chile), Leipzig 1892, p. 60. <sup>4</sup> A. Matte y A. Ross: Memoria presentada a la Excm. Junta de Gobierno, París, 1892. En el cap. vi está el detalle de las sumas anticipadas por los banqueros ingleses a Ross y el de las remesas de la Junta de Gobierno desde Iquique a partir de Mayo de 1891. Figura también como desinteresado prestamista en la pág. x el comerciante alemán Enrique Möller, que anticipó 20.000 libras esterlinas. <sup>5</sup> General don Francisco Díaz y otros: La instrucción militar alemana en Chile, Santiago, 1926, p. 37. <sup>6</sup> Véase nuestro artículo en BABEL, B.º 21, Mayo-Junio de 1944. <sup>7</sup> Kunz obra cit., p. 171. <sup>8</sup> Maurice H. Hervey: Dark days in Chile (Días oscuros en Chile), Londres 1892, p. 155. <sup>9</sup> La instr. mil. alem. en Chile, p. 37-38. <sup>10</sup> Id., p. 19. <sup>11</sup> Luis Galdames: Valentín Letelier y su obra, Santiago 1937, p. 785.

## EL SOÑADOR ENSANGRENTADO

... y la sangre en el traje, en la corbata,  
la sangre corriendo en los espejos,  
la sangre del que muere y del que mata.

Soy el hombre despierto pero iluso,  
— ¡pobrecito de mí!—,  
soy ese duro, incansable corredor a caballo  
a quien excita una engañosa aurora,  
atravesando un légamo de sangre interminable.  
Escribo sobre Dios, cuyos caminos custodiados  
deslizan todos al último abandono,  
escribo sobre el hombre en gestación,  
raíz de sueños dulces y vigiliadas duras,  
escribo sobre el páramo, con sangre,  
una temible, persistente, inseparable sangre,  
tenazmente metida entre los dedos,  
tentacular, profusa, sustanciosa.  
Escribo con la sangre signando el desvarío,  
matando la razón, quitando el aire.  
Y este optimismo vital que tengo a todo,  
este querer que todo se encañone  
hacia su última felicidad completa,  
como un fuego me empuja contra el líquido  
de la rieta, deslizante sangre de los mundos.

La tierra está en la cárcel, en cadenas,  
y veo bajar sólidos hierros contorneando  
su hirviente abdomen desde las estrellas.  
La tierra entera está en la cárcel,  
loca de amores imposibles,  
asesina de sueños adorables,  
engullidora, carnícera de paces y promesas.  
El hombre está despierto en el reguero,  
— pobrecito —, mientras sube por las piernas  
un infinito abrazo de muertes repetidas  
y le hacen sordo, ciego, mudo en su destino,  
unas consignas de odiar hasta soñando.

Mi filosofía está en borrajas, diluída,  
 y sólo soy un nervio rígido cantando en la tormenta,  
 sólo una voz sin pulcritudes  
 amando todo lo creado,  
 diciendo: el hombre es bueno,  
 ciegamente diciendo el hombre es bueno.  
 soy el imbécil pescador ilusionado  
 con su aparejo tenso entre las olas  
 y recogiendo en su agotada mano  
 unos tras otros, interminablemente,  
 vacíos caracoles, muertos peces  
 y duras carcajadas de sirenas...  
 Soy el imbécil pescador volviendo,  
 sin memoria, sin rastro, sin olvido,  
 tornando sin odio, sin inquina y con promesas  
 a echar la red todos los días  
 en el mismo negro pozo de su alma,  
 hasta aflorar el bulbo de la vida,  
 el canto esperanzado de la vida,  
 como el único manjar para mis huéspedes.

Cómo quiero la paz,  
 viendo los rojos cielos azulados,  
 las verdirrojas colinas floreciendo,  
 el platirrojo arroyuelo deslizándose,  
 la blanquirroja frente de los muertos.  
 Cómo me gusta Dios,  
 cuando sé que su imposible ser  
 ambula iluso como yo,  
 que su temible, victorioso brazo  
 no alcanza a remover siquiera  
 el humo y las cenizas de los sueños.

Cómo me gusta el hombre venidero,  
 de pie en su mirador torneado hacia el naciente,  
 libre, gozoso, multilingüe, viajero,  
 sin mío, tuyo, ajeno, sin puñal, sin horda,  
 sin verdugo, con madre, padre, hijo, compañeros,  
 y una profunda gana de morder el pan  
 y un apetito de amor ilimitado.  
 Cómo me gusta el hombre  
 cuando veo su emporcada simiente levantándose  
 por encima del último nivel del desconsuelo,

volver deshecha a su labranza interminable.  
 Cárdeno aún de guerra y blanco ya de paz,  
 con sus mitades listas  
 para venir, hablar, leer, querernos.  
 Sé que algún día ésto que hoy me gusta  
 será un cartel de polo a polo,  
 un himno atado a las ventanas  
 de un tren universal, fraterno.

Caído como un rey entre mis oros,  
 el incansable caballo de los días  
 me lleva mar adentro en esa sangre  
 que mancha el traje, el plato, la corbata;  
 sangre del que muere y del que mata.  
 Pero al fin, soy Adán en el comienzo,  
 el eterno, pertinaz Adán rebelde;  
 urjo al corcel entre la sangre  
 porque yo soy Caín arrepentido  
 y Abel apuñalado,  
 y tengo que salir de esta terrible,  
 inacabable sangre, de esta gozosa y firme  
 dictadura del odio,  
 hacia un amanecer de estrellas liberadas  
 donde gire la tierra sin cadenas  
 con el canto de los hombres  
 interminablemente...



## LA BATALLA DEL GHETTO DE VARSOVIA

EL CENTRO de documentación judía contemporánea publica regularmente trabajos sobre la condición de los judíos en Europa durante la guerra y la ocupación. Uno de sus fascículos más notables está consagrado a «La batalla del ghetto de Varsovia vista y referida por los alemanes». Con prólogo del señor David Knout se coleccionan allí únicamente documentos oficiales alemanes. En eso consiste la originalidad del trabajo. Se trata de una carpeta nazi sobre la sublevación del ghetto de Varsovia. El informe del general de brigada S. S. y general-mayor de policía, Stroop, es seguido de los despachos enviados cotidianamente al jefe supremo de la policía del Este acerca de lo que primero es llamado: «Operación en el Ghetto», después «Gran operación». La sequedad técnica de dichos documentos presta extraordinario color al acontecimiento.

La sublevación del Ghetto es una página poco menos que única en la historia. La empresa era desde un principio desesperada. Imponíase, pues, a sus organizadores darse ante todo una justificación a ellos mismos, llevar a cabo una demostración que sirviera más para señal de un levantamiento en el plano internacional que de prueba de una defensa eficaz. Este carácter desesperado de la empresa le dió a la lucha una intrepidez excepcional. Los despachos nazis registran el asombro de los S. S. ante la inesperada resistencia judía. Al principio, piensan poder ponerle fin muy rápidamente. Sólo anotaban: «Como las fábricas se hallan todavía en el territorio del ghetto y es necesario preservar las máquinas y herramientas de los bombardeos e incendios, el conjunto de nuestras operaciones se ve trabado.»

Es el 20 de Abril de 1943. En otro despacho del mismo día, destacan el armamento sumario y primitivo de los judíos: «Botellas incendiarias, granadas de mano.» Al siguiente día el despacho precisa: «El enemigo ha usado hoy las mismas armas de la víspera, se sirve sobre todo de explosivos fabricados por él mismo.» Pero muy pronto el encarnizamiento de los judíos induce al comando de los S. S. a tomar medidas ra-

dicales. Decide incendiar las manzanas de casas donde se ocultan los judíos. Un despacho del 22 de Abril dirigido al general de policía, Krueger y firmado Stroop, describe así la escena: «El fuego que pusimos a las manzanas de casas ha dado el siguiente resultado: los judíos que se ocultaban aún en los techos, en los sótanos y otros escondites, escapando a todas nuestras búsquedas, salieron afuera para huir de las llamas. Con el fuego, masas de judíos, familias enteras, se arrojaron por las ventanas o ensayaron el descenso sirviéndose de las ropas de sus camas en forma de cuerdas. Se han tomado medidas para que esos judíos igual que los otros, fueran liquidados. Durante toda la noche se hacía fuego desde las casas supuestamente deshabitadas. Nuestros cordones no han tenido pérdidas. 3500 judíos fueron cogidos para ser deportados a los campos.»

Pero la resistencia judía revélase bien preparada y decidida a afrontarlo todo. Los S. S. elaboran, pues, un plan de operación y dividen el ghetto en 24 zonas, organizando para cada una operaciones particulares. Fué entonces que los S. S. encontraron las casamatas construídas clandestinamente por los judíos. Hubo que tomarlas una a una. El general de brigada S. S., Stroop, se queja de los artificios de guerra empleados por el enemigo: Escribe: «El conjunto de nuestras operaciones vése trabado por la astucia que despliegan los judíos y los bandidos. Por ejemplo, nos hemos enterado de que los coches fúnebres que recogen los cadáveres para llevarlos al cementerio judío transportan al mismo tiempo a judíos vivos que, de tal modo, escapan de los límites del ghetto. Hemos establecido un control permanente de los coches fúnebres para cortar esta vía de salvación.»

Los bandidos aquí mencionados son los miembros de la resistencia polaca que colaboran con los judíos del ghetto. Los judíos sólo abandonan el combate en último término. En un despacho del 25 de Abril léese: «Sólo cuando todos los edificios que dan a la calle y del lado de los patios estuvieron en llamas, asomaron los judíos, muchos de ellos cogidos ya por el fuego. Ensayaron salvarse arrojándose a la calle saltando ventanas y balcones después de tirar sus lechos, cobertores, etc. Hemos podido comprobar de nuevo que si bien el fuego representaba el más grande peligro, los judíos preferían volver a él antes de caer en nuestras manos. De nuevo los judíos hicieron fuego, hasta que por fin los zapadores, al atardecer, forzaron uno de los edificios debiendo ser protegidos por una ametralladora.»

El 25 de Abril a las 16 horas, Stropp completa el cuadro así: «Cantidades innumerables han encontrado la muerte en las casamatas hundidas como todos los días, y entre las llamas. Supongo que nuestro botín de hoy comprende un gran número de bandidos y elementos inferiores del ghetto. La liquidación inmediata fué impedida por la llegada de la noche. Trataré de obtener mañana un tren para T. II. De lo contrario, la liquidación tendrá lugar pasado mañana. Hoy encontramos igual resistencia y en una casamata recogimos tres pistolas y explosivos. Por otra parte, hoy nos apoderamos de un gran número de billetes de banco, divisas extranjeras, piezas de oro y alhajas. Los judíos poseen aún riquezas considerables. Ayer un resplandor rojo cubría el ghetto antiguo. Hoy es un inmenso océano de llamas. A la zaga de estas limpiezas metódicas, capturamos siempre un número importante de judíos, y por eso debemos continuar estas operaciones.»

El 26, cuando los combates duraban ya seis días, los despachos anuncian por primera vez que los S. S. entraron en contacto con la verdadera resistencia judía: «Se ve cada vez más claramente que se trata del juego de los judíos y bandidos más capaces de resistencia y más tesoneros. Muchas casamatas cuyos ocupantes no habían salido a la superficie desde el comienzo de las operaciones fueron tomadas a la fuerza... Prisioneros judíos han declarado que gran número de judíos se volvieron locos en las casamatas a causa del calor, del humo y de las explosiones. Hemos arrestado a numerosos judíos en connivencia con los terroristas polacos con quienes llevaban a cabo una actividad común... En el curso de las operaciones de hoy muchos edificios fueron quemados. Es el único y último medio de hacer salir a la superficie a esa canalla, esa puerca raza.»

La colaboración entre los judíos y polacos de la resistencia es constantemente confirmada por los despachos. He aquí, siempre según la pluma del mismo Stropp, y fechado el 27 de Abril, un extraordinario testimonio acerca del encarnizamiento de aquellos combates: «Una carta anónima nos ha hecho saber que gran número de judíos se hallaba en una manzana de casas que linda con la zona nordeste del ghetto, pero hacia el exterior. Un grupo de choque especial, a las órdenes del subteniente de policía Diehl, fué enviado a hacer la limpieza de esas casas. El grupo se encontró en presencia de una banda de alrededor de 120 hombres fuertemente armados de pistolas, fusiles, granadas de mano y ametralladoras ligeras y que re-

sistían. El grupo logró matar en combate a 24 bandidos y capturar a 52. La oscuridad impidió a nuestro grupo capturar o exterminar el resto de la banda. Los edificios fueron inmediatamente cercados para evitar cualquier evasión. Continuaremos mañana esta operación. Además, arrestamos a 17 polacos entre ellos dos policías que debían conocer la existencia de la banda... La tarea del jefe de este grupo fué muy dura, pues los bandidos estaban disfrazados de militares alemanes. Sin embargo, la ha cumplido brillantemente... Tenemos derecho a creer por las apariencias que los judíos capturados ahora son los jefes de la resistencia. Se han arrojado por las ventanas y los balcones de las casas en llamas con injurias y maldiciones contra Alemania, el Fuehrer y los soldados germánicos. Hombres de la S. S. que descendieron a las alcantarillas han comprobado que gran número de cadáveres judíos fueron arrastrados por las aguas.»

La resistencia judía organizada debió imponer una disciplina verdaderamente ruda a la población del ghetto para obtener tanta tenacidad en la lucha. Se encuentran ecos de ella en los despachos de la S. S. Así, hablando de las prisiones judías, Stropp dice: «Han declarado igualmente que bandidos judíos o polacos con máscaras negras venían por las noches a sellar las salidas de las casamatas ordenándoles no dar señales de vida para poder continuar su existencia en el ghetto.»

Los actos de heroísmo son frecuentes. En un despacho del 1.º de Mayo se lee: «En un caso, los zapadores, habiendo colocado una fuerte carga concentrada (en la boca de una alcantarilla) se alejaron aproximándose a otra. Entre tanto, un judío salido de adentro desvió la mecha y levantó la carga. En el curso de dicha operación logramos arrestar al judío con la carga.» Asimismo, en otro despacho fechado el 13 de Mayo, el general de la brigada S. S. cuenta: «Hemos comprobado que los judíos y los bandidos que capturamos actualmente pertenecen a grupos de combate. Son todos, hombres o mujeres, jóvenes entre los dieciocho y veinticinco años. Un verdadero combate fué librado para volar una casamata... Una vez evacuada una parte de la guarnición de las casamatas, nuestros hombres se aprestaron a registrarlas cuando una de las mujeres con la rapidez del relámpago sacó de su falda una granada de mano, la descargó y la lanzó contra nuestros hombres poniéndose a cubierto de un salto.» En su informe de conjunto, Stropp escribe a este propósito: «En el curso de los combates defensivos, las mujeres formaban parte de los

grupos combatientes, armadas de igual modo que los hombres y perteneciendo en parte al movimiento de los *jalutzim*. No era raro ver a estas mujeres disparar sus revólveres con ambas manos a la vez. Solían con frecuencia esconder hasta el último momento en sus faldas revólveres y granadas de mano (granadas de mano polacas, sin mango) para utilizarlas de pronto contra los hombres de la Waffen S. S., de la policía o de la Wehrmacht.»

La batalla desarrollábase por entonces día y noche. El informe anota: «De noche, las patrullas de reconocimiento, los pies envueltos en trapos, persiguen a los judíos de cerca y los hostigan sin interrupción.»

La dirección de las S. S. está obsesionada con el deseo de arrestar o matar al estado mayor de la resistencia judía. El 4 de Mayo los despachos indican todavía: «Según declaraciones hechas por los judíos, hemos capturado hoy a algunos dirigentes de su partido. Un miembro directivo de la banda será utilizado mañana para que nos señale otras casamatas fortificadas con hombres armados.» Pero el 6, las nuevas son menos optimistas: «No tenemos hasta ahora la certeza de haber arrestado o matado a los dirigentes de su partido. Pero estamos sobre las huellas de los bandidos. Esperamos poder capturar mañana al pretendido Comité Directivo del Partido.» En efecto, el 7, Strop precisa: Hemos descubierto el resguardo del Comité Directivo del Partido. Mañana será atacado y forzado. «El 8, los despachos anuncian: «El descubrimiento del resguardo del Comité Directivo del Partido ha continuado hoy. Hemos logrado forzar esa casamata y capturar alrededor de 60 bandidos armados hasta los dientes. Hemos conseguido igualmente capturar y liquidar al líder adjunto de la organización militar judía, Z. W. Z., y al que es considerado su jefe de estado mayor. Alrededor de 200 judíos se hallaban en esa casamata, de los cuales 60 fueron capturados y 140 matados por la acción violenta de los gases asfixiantes y las fuertes cargas explosivas depositadas en diversos sitios.» Y Strop concluye: «El suscrito está decidido a no poner término a las grandes operaciones antes de haber exterminado al último judío.»

Sin embargo, la lucha está lejos de estar ya consumada. Los combates se hacen por el contrario cada vez más ásperos y en su despacho del 13 de Mayo, Strop declara: «Después de algún tiempo es imposible obtener de los prisioneros judíos indicaciones concernientes al emplazamiento de las casamatas.»

Al contrario, los judíos y los guerrilleros polacos que se hallan fuera del ghetto, es decir, que tienen una posibilidad de salvación, se esfuerzan en volver al ghetto para continuar el combate. Los despachos indican: «Para poder interceptar con mayor eficiencia el paso de los judíos y de los bandidos que tratan de penetrar en el ghetto, hemos hecho avanzar destacamentos de nuestros cordones exteriores hacia la parte trasera de la ciudad.»

Los combates terminaron con la jornada del 16 de Mayo. El total de los judíos capturados cuya exterminación ha podido ser comprobada elevábase entonces a poco más de 56.000. La lucha había durado 25 días. Strop concluye su informe exaltando este hecho de armas de las S. S.: «Si se tiene en cuenta que los hombres de la Waffen S. S. no habían, en su mayor parte, tenido más que un entrenamiento de tres o cuatro semanas, es preciso reconocer, de un modo particular, su desenvoltura, su coraje y su alegría de cumplir con su deber. Hay que mencionar que los soldados del cuerpo de ingenieros de la Wehrmacht llevaron a cabo igualmente con un júbilo de acción incansable, la destrucción con dinamita de los resguardos, canales y casamatas construídos por aquellos.»

Se desprende de este documento que la resistencia polaca ha luchado junto a la resistencia judía y que la población en su conjunto, opuso una gran pasividad a las exhortaciones de las S. S. contra los judíos. Se hicieron necesarias promesas muy particulares para movilizar a la policía polaca. Strop lo señala: «La policía polaca fué autorizada para entregar a cada policía polaco que hubiese capturado a un judío en los sectores arios de la ciudad una tercera parte de la fortuna líquida del judío. Esta medida ha sido coronada ya por el éxito.»

Un despacho del 26 de Abril confiesa: «Los polacos residentes en Varsovia están fuertemente impresionados por la violencia de la lucha que se desarrolla en el antiguo ghetto.»

Por último, el documento revela una fase de la lucha de las S. S. contra la Wehrmacht. Muy frecuentemente los despachos traen acusaciones precisas contra los industriales alemanes y los oficiales de la Wehrmacht: «Hoy igualmente, he ordenado a muchos establecimientos que trabajan para el armamento y la defensa hacer evacuar inmediatamente sus stocks para poder efectuar una limpieza de esos edificios en los que se refugian algunos judíos bajo la protección de la Wehrmacht alemana y de la policía. Hemos descubierto igualmente que una empresa que se dice gigante, no posee en realidad ningún stock, ni valor, "(Despacho del 26 Abril.)"



«La evacuación de ciertas fábricas de armas se lleva a cabo muy lentamente. Se tiene la impresión de que tal hecho es intencionado. Así, he comprobado que los establecimientos Schulz y Cía., que he visitado el lunes de Pascua para darles la orden de evacuación inmediata, tras una dilación de tres días, no la cumplieron aun hasta hoy, jueves.» (Abril 29.) Durante la evacuación de depósitos de armamentos, hemos podido comprobar una vez más que en lugar de material y equipo militar sólo había bagatelas, viejos muebles y artículos requisados. Hemos tomado en seguida las medidas necesarias.» En su informe general, Strop precisa todavía esta acusación: «Los patrones de dichos depósitos que en la mayoría de los casos, estaban supervigilados por un oficial de la Wehrmacht, no estaban casi nunca en condiciones de ofrecer cifras completas cuanto al stock o a los sitios en que esos stocks se hallaban. Los cifras dadas por ellas concierne al número de judíos que ocupaban no correspondía jamás a la realidad... A pesar de las órdenes reiteradas de alejar a los judíos de las fábricas, se ha podido comprobar que los jefes de las empresas los retenían con la esperanza de que la acción contra ellos solo duraría unos días y que después podrían recomenzar el trabajo con los judíos que les quedaban. Según testimonios de judíos arrestados, los jefes de las empresas organizan orgías con los judíos en las que las mujeres desempeñan, al parecer, un papel importante. Los judíos se habrían esforzado en guardar buenas relaciones con los oficiales y los hombres de la Wehrmacht. Las orgías habrían sido frecuentes y en el curso de ellas fueron tratados los negocios entre alemanes y judíos.»

Este asombroso informe termina con una explosión de humor S. S. Strop señala que el ghetto fué arrasado con una excepción no más: «La sola excepción la constituye la prisión llamada Dzielna, de la policía de seguridad, la cual fué excluida de la destrucción general.» Y añade: «Hay el proyecto de transformar la prisión de Dzielna en campo de concentración y de hacer recuperar, juntar y transportar por los detenidos los millones de ladrillos y demás materiales viejos para darles nuevo uso.» Son las últimas líneas del informe del general de brigada y general - mayor de policía, Strop.



HENRY WALLACE, THE MAN AND THE MYTH

by Dwight Macdonald

AL INTRÉPIDO ex - jefe de redacción de *Partisan Review* y actual director de *Politics* debemos la presente obra en forma de panfleto alrededor de la persona y el mito wallacianos. El impacto, como lo hacen notar sus editores, no viene — *¡oh, ironía, verdadera libertad!* — de un hombre de la derecha, sino de uno de la izquierda, políticamente hablando. Y algo desconcertado en ese sentido, según propia confesión. ¿Cómo explicarlo entonces? Hay un dicho del pueblo español que prefigura esta paradoja en los siguientes términos: «Libreme Dios de mis amigos, que de mis enemigos me libraré yo mismo.» ¿Y quién más amigo del pueblo — no del pueblo español desde luego, como se ha visto a lo largo del alzamiento de Franco —, sino del pueblo en abstracto, que Mr. Henry Agard Wallace, anunciador del *People's Century* o siglo del hombre común? Contra este populistísimo Mr. Wallace la emprende de antiguo Dwight Macdonald, asumiendo ahora un poco el papel de Jehová en el Día del Juicio Final.

Enteradísimo periodista y afanoso escritor, Macdonald no le perdona una sola contradicción a su ilustre biografiado. Y como la cruel persecución a Trotsky, por parte del régimen personalista de Stalin, es otra prueba de fuego para los liberales y amigos de la U. R. S. S., menos consecuentes que John Dewey, el director de *Politics* no deja de someterlo también a esa prueba. Sin embargo, olvida el texto de una sabrosa respuesta del propio Trotsky que, por lo mismo, copiamos aquí en extenso de su *Introducción al pensamiento vivo de Marx*:

«El Secretario de Agricultura norteamericano, Henry A. Wallace, imputó al autor de estas líneas «...una estrechez dogmática que es agriamente anti-americana» y contrapuso al dogmatismo ruso el espíritu oportunista de Jefferson, que sabía cómo arreglárselas con sus opositores. Al parecer, nunca se le ha ocurrido a Mr. Wallace que una política de compromisos no es la función de algún espíritu inmaterial, sino el producto de condiciones materiales.» Y Trotsky después de mencionarlas y recordar cómo «a pesar de esas condiciones, el espíritu de compromiso no prevaleció en la Guerra Civil cuando sonó la hora para él», concluye con fineza:

«Salvo la presencia de Mr. Wallace, América se ha desarrollado económicamente no de acuerdo con los principios de Jefferson, sino de acuerdo con las leyes de Marx. Al reconocerlo se ofende tan poco el amor nacional como al reconocer que América da vueltas alrededor del sol de acuerdo con las leyes de Copérnico.»

Dentro de pocos meses tendremos ocasión de ver cómo se las arregla el americanísimo compañero de Roosevelt con su pequeño sucesor en la próxima elección presidencial.

Entre tanto, arrojado de la Secretaria de Agricultura o Comercio, no alcanza en su exilio de *New Republic*, ni de lejos, la importancia histórica de Trotsky como polemista.

Macdonald dedica demasiado espacio al estilo de Mr. Wallace, pues en efecto el estilo es el hombre aun cuando éste posee uno muy arbitrario. Lástima que como francotiradores en otro idioma no podamos acompañarlo en su excursión por lo que llama el *wallesism*. Con todo, admiramos algunas piezas de su caza.

Bien traducido, el libro de Macdonald puede hallar eco entre nosotros por motivos muy distintos. Es un libro escrito con brío y agudeza que responde a la desconfianza instintiva que sienten los jóvenes sudamericanos ante cualquier clase de hombre providencial, sea de la derecha, de la izquierda o del centro.

Hace un siglo Emerson gustaba preguntar (y contestar) a sus auditores: «¿No les asusta ver que los gitanos son más atractivos que los apóstoles? Pues aunque amamos la bondad y no el robo, amamos también la libertad y no la predicación.»

Parece una excelente clave para el hombre común que quiera entender a Dwight Macdonald en su terreno.

Ahora bien, si es cierto que a un hombre un libro es capaz de desenmascararlo y dejarlo desnudo, en cambio a un mito, apenas puede hacerle algo más que la sombra de un lomo. A la postre resulta un homenaje dedicarle tiempo y espacio. e. e.

## B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
Lain Diez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. . . . . \$ 20 mlch.  
Suscripción a 6 números. . . . . \$ 80 mlch.

FUERA DE CHILE:


Precio del número. . . . . 0,50 u/s.  
Suscripción a 6 números. . . . . 2,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

EN LOS NUMEROS ANTERIORES DE

## B a b e l

- N.º 23. GUSTAV REGLER / Leche negra (*cuento*).  
EUGENIO GONZÁLEZ / El borron de la hispanidad.
- » 24. THOMAS MANN / Fantasmas verbales.  
JEAN CASSOU / Flora Tristán y la «Unión Obrera».
- » 25. JAMES T. FARRELL / El lenguaje de Hollywood.  
MANUEL ROJAS / Antólogos y antologías.
- » 26. VÍCTOR SERGE / La cuestión judía.  
JEAN MALAQUAIS / «Marianka» (*cuento*).
- » 27. RODOLFO MONDOLFO / Sobre la pena de muerte.  
MAURICIO AMSTER / Recuerdos de Gutiérrez Solana.
- » 28. CARLOS VICUÑA / El año veinte.  
SANTIAGO LABARCA / La generación del veinte.
- » 29. FEDERICO DE ONÍS / España en América.  
JULIO BARRENECHEA / Mi ciudad (*versos*).
- » 30. MAX RAPHAEL / Una crítica marxista del tomismo.  
CARLOS MAYER / Lev Davidovich.
- » 31. GONZÁLEZ VERA / Gabriela Mistral.  
EUCLIDES GUZMÁN / Una viña en la noche (*cuento*).
- » 32. PEDRO PRADO / La vida provisoria.  
BOY - ZELENSKI / Jules Vallés y su trilogía.
- » 33. RENATO TREVES / Piero Gobetti y el socialismo liberal.  
LISE MEITNER / El átomo.
- » 34. ARTHUR KOESTLER / La sedición (*España en 1936*).  
VINCENT SHEEAN / El último voluntario.
- » 35. PHILIPH RAHV / Sobre la decadencia del naturalismo.  
EUGENE DABIT / El Greco y Velázquez (*De un Diario íntimo*).
- » 36. LAÍN DIEZ / Pérez Rosales, minero.  
ARMANDO LIRA / Pérez Rosales, pintor.
- » 37. EMILIO ORIBE / La esfera del canto.  
AXEL STERN / El existencialismo contra la existencia.
- » 38. LEÓN FELIPE / Comunió (*poema*).  
JENS PETER JACOBSEN / La señora Fons (cuento).
- » 39. LUIS FRANCO / Construiremos la nueva Babel (*poema*).  
WALTHER RATHENAU / Palabras Proféticas.
- » 40. STEPHEN SPENDER / Poesía y Política.  
LEÓN TROTSKY / La familia Declerc (*cuento*).
- » 41. B. SANÍN CANO / Rumbos del espíritu.  
J. R. WILCOCK / Monólogo de Alejandro.
- » 42. E. M. FORSTER / Mi propio centenario.  
JUAN ANDRADE / Apuntes sobre el hambre del preso.



# Intelectuales:

Médicos

Abogados

Ingenieros

Profesores

Pintores

Arquitectos

Periodistas

PREFIEREN



# ESTEX

LA CONFECCION PERFECTA